

Disney
PRINCESAS



Historias encantadoras



LIBROS Disney



*Este libro
pertenece a:*



Índice

La historia de Vaiana	7
La historia de Mulán	19
La historia de Jasmine	37
La historia de Mérida	55
La historia de Aurora	69
La historia de Blancanieves	83
La historia de Pocahontas	97
La historia de Rapunzel	113
La historia de Ariel	133
La historia de Bella	147
La historia de Cenicienta	163
La historia de Tiana	177

La historia de Vaiana

Cuando Vaiana cree firmemente en algo, jamás se rinde. En esta épica aventura oceánica lo vemos con nuestros propios ojos. Las decisiones que toma durante la travesía que emprende para restituir el corazón de Te Fiti reflejan su tenacidad y su compasión. Alentada por su abuela, Vaiana sigue su corazón y descubre su propio camino en la vida.





Historias encantadoras

Vaiana era una niña que vivía con su familia en la isla de Motunui. El lugar era muy hermoso, rodeado por un arrecife de coral y un mar resplandeciente. El padre de Vaiana, Tui, era el jefe de la isla.

A la pequeña Vaiana le encantaba oír las historias de la abuela Tala, en especial la del corazón de la isla madre, Te Fiti, que fue robado por un semidiós llamado Maui. Cuando este trató de escapar, un demonio llamado Te Kā lo atacó y el corazón se perdió en el océano.

—Pero un día —añadió la abuela— alguien hallará el corazón. Y ese alguien buscará a Maui y le hará cruzar el océano para devolver el corazón de Te Fiti y así salvarnos a todos.





Ese mismo día, Vaiana siguió un rastro de conchas marinas a lo largo de la orilla. De repente, el océano se abrió como por arte de magia y la niña divisó una piedra pequeña con una espiral. Intrigada, la cogió.

En ese momento, llegó el jefe Tui. El océano devolvió con rapidez a Vaiana a la orilla. Mientras su padre la llevaba de vuelta al pueblo, a la niña se le cayó la piedra.

Pasaron los años y, cuando Vaiana cumplió los dieciséis, su padre la llevó al punto más alto de la isla.

—Un día —le dijo Tui—, tú serás la jefa de Motunui.

Vaiana quería que su padre estuviera orgullosa de ella, pero no podía evitar preguntarse qué había más allá del arrecife.



Historias encantadoras



Más tarde, Tala llevó a su nieta a una cueva secreta. Vaiana se quedó boquiabierta. ¡Estaba llena de barcas con vela! Habían pertenecido a sus antepasados, y eso significaba que habían sido navegantes. Su abuela le contó que la gran oscuridad había convertido el océano en un lugar peligroso, y por eso sus antepasados habían prohibido salir a navegar.

Entonces le mostró la piedra que Vaiana había perdido años atrás y le dijo que tenía que encontrar a Maui para que devolviera el corazón de Te Fiti.

Al poco tiempo, la abuela Tala enfermó. Con su último aliento le dijo a Vaiana que el océano la había elegido para que restituyera el corazón de Te Fiti.

—Ve —le susurró la abuela Tala a Vaiana.





Vaiana supo que había llegado la hora de hacer lo que le dictaba el corazón. Reunió provisiones y subió a una barca. Navegó más allá del arrecife, pero la sorprendió una tormenta. ¡BAM! Una ola gigantesca la embistió y perdió el conocimiento.

Cuando Vaiana despertó, se encontró en una isla desconocida. De pronto oyó que alguien se acercaba. ¡Era Maui! Vaiana le pidió que la acompañara a devolver el corazón de Te Fiti, pero él se negó. Maui solo quería recuperar su anzuelo mágico, que le confería el poder de transformarse en distintos animales. Maui encerró a Vaiana en una cueva y se llevó su barca para ir en busca de su anzuelo.





Vaiana consiguió escapar y se zambulló en el mar justo cuando Maui zarpaba. El mar transportó a Vaiana por el agua con mayor rapidez de la que Maui podía navegar y la subió a bordo.

—¡Restituirás el corazón! —le gritó Vaiana con tono desafiante. Pero Maui seguía negándose a ayudarla.



Vaiana y Maui seguían discutiendo cuando, de pronto, se vieron atacados por los kakamora, unas criaturas pequeñas enfundadas en armaduras hechas con cocos que disfrutaban lanzando dardos envenenados. Lograron deshacerse de ellos y, después de ver lo valiente que era Vaiana, Maui por fin aceptó ir con ella. Pero seguía insistiendo en que necesitaba su anzuelo.

La historia de Vaiana



Maui sabía que el anzuelo estaba en poder de Tamatoa, un cangrejo gigante que coleccionaba tesoros y que vivía en Lalotai, el reino de los monstruos.

Maui insistió en ser el navegante, pero el océano le clavó en el trasero un dardo extraviado de los kakamora que le paralizó todo el cuerpo. No tenía otra opción que enseñarle a Vaiana el arte de la navegación.



Con aire reticente, Maui le explicó cómo interpretar las estrellas, el sol, las corrientes y el viento. No era fácil, pero Vaiana puso mucho empeño y en ningún momento se rindió. Se sentía más cercana que nunca a sus antepasados.

La mañana siguiente, llegaron a Lalotai y se adentraron en una cueva oscura. Vaiana no tardó en divisar el anzuelo ¡y también a Tamatoa!





Historias encantadoras



La muchacha le lanzó una piedra brillante a Tamatoa para que creyera que se trataba del corazón de Te Fiti. El cangrejo se abalanzó veloz sobre ella. ¡Había caído en la trampa! En realidad, Vaiana tenía el auténtico corazón de Te Fiti en la mano. Maui aprovechó para recuperar su anzuelo y ambos escaparon de Lalotai. Gracias al anzuelo, Maui se transformó en un halcón y los dos volaron hasta Te Fiti.

Cuando ya estaban cerca de la isla, apareció el demonio Te Kā en el cielo y golpeó a Maui. Vaiana lo rescató mientras Te Kā se disponía a aplastar la barca con su puño. En el último segundo, Maui elevó su anzuelo y logró frenar el puño de Te Kā.





Una ola gigantesca arrastró a Vaiana, a Maui y a la barca muy lejos de Te Fiti. Vaiana quería volver, pero el anzuelo de Maui había quedado muy dañado.

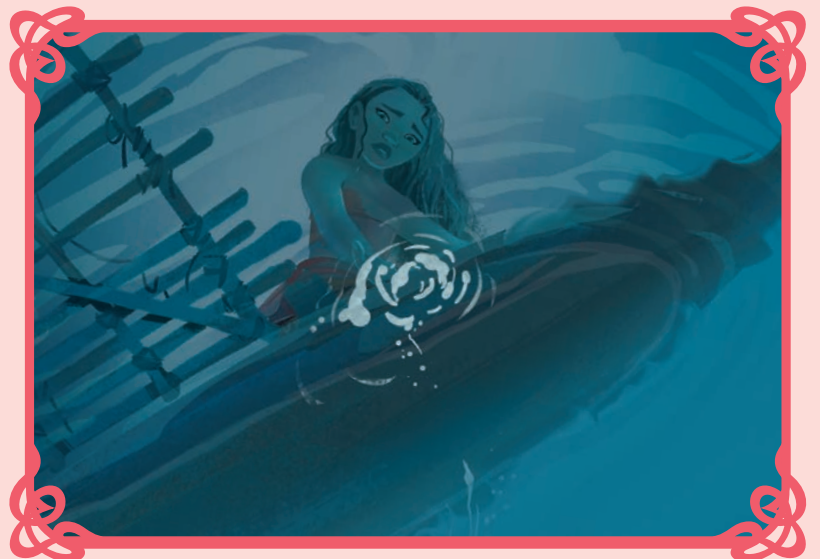
—Sin mi anzuelo no soy nada —dijo Maui, antes de aprovechar el poquito poder que quedaba en el anzuelo y convertirse de nuevo en halcón y salir volando.

Llorosa, Vaiana mostró el corazón de Te Fiti al océano y le dijo:

—Elegiste a la persona equivocada.

El océano lo tomó de su mano y se lo llevó bajo la superficie. Al poco rato apareció el espíritu de la abuela Tala, junto con cientos de barcas fantasma tripuladas por antepasados de Vaiana.

—¿Sabes quién eres? —le preguntó su abuela a Vaiana.





Vaiana se dio cuenta de que devolver el corazón de Te Fiti había sido siempre su destino. Se zambulló en el agua y recuperó la brillante piedra del fondo del mar. De nuevo en la barca, Vaiana puso rumbo a Te Fiti.

Tenía muy presente la historia de sus antepasados y el espíritu de su abuela y estaba decidida a no fracasar. Sin embargo, Te Kā era tan testarudo como Vaiana



y volvió a alzar el puño para aplastar la barca. Pero antes de que pudiera golpearla, el halcón Maui salió de la nada y se lo impidió.

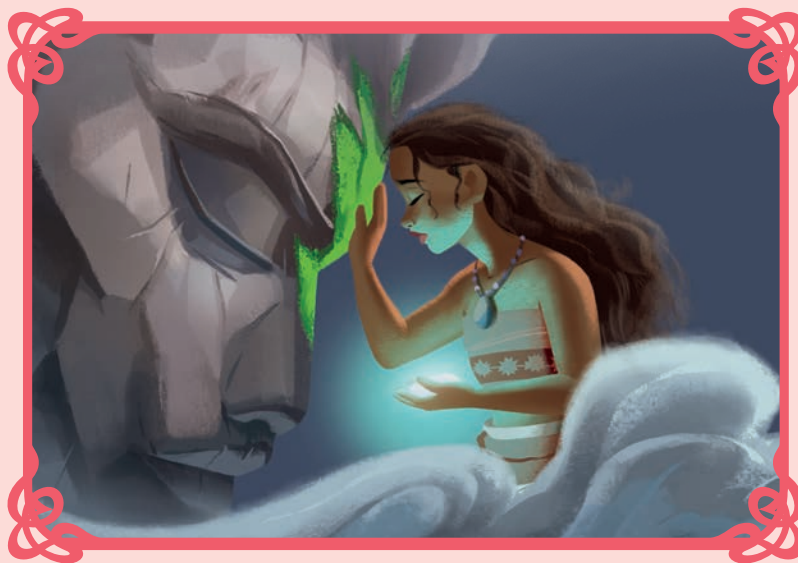
Mientras Maui y Te Kā se enzarzaban en una pelea, Vaiana siguió navegando hacia Te Fiti. Al llegar, todo lo que encontró fue un cráter vacío. La madre isla había desaparecido sin dejar rastro.



Pero Vaiana no dejó que el miedo se apoderara de ella y se puso a cantar una antigua canción de sus antepasados.

—Tú sabes bien quién eres de verdad... —tarareó.

De repente, Te Kâ descendió y se detuvo frente a Vaiana. Con gran valentía, la joven colocó el corazón en la brillante espiral de lava que había en el pecho de aquella criatura.



Te Fiti emergió despacio de entre las llamas. Tenía una espiral brillante en el pecho y una corona de flores multicolores que le brotaba de la cabeza. La madre isla abrió la mano para mostrar el anzuelo de Maui. ¡Estaba arreglado! La isla se cubrió de flores y por fin retornó a la vida.





Historias encantadoras

De nuevo en la barca, Maui se preparó para partir.

—Puedes volver con nosotros a Motunui —le ofreció Vaiana—. Mi gente necesitará un navegante experto.

—Ya tienen a una —le dijo Maui con una sonrisa.

Los dos amigos se despidieron y Maui, convertido en halcón, se alejó volando.

En Motunui, todos estuvieron muy contentos al ver aparecer a Vaiana. Finalmente, la joven había descubierto quién era: la siguiente gran exploradora del océano, destinada a guiar a su pueblo en busca de nuevas aventuras.



La historia de Mulán

Esta historia basada en una leyenda China nos presenta a Mulán, una joven que lo arriesga todo para proteger a su padre. Decide disfrazarse de hombre y ocupar su lugar en la lucha contra los invasores hunos. La historia refleja las mejores cualidades de Mulán, entre ellas su audacia y su ingenio frente a un implacable enemigo.





Historias encantadoras

Hace mucho tiempo, la Gran Muralla protegía el imperio de la China de los invasores. Pero una noche oscura, un guerrero sin escrúpulos llamado Shan-Yu y su ejército de hunos asaltaron la muralla y quemaron la bandera del país. Por suerte, la Guardia Imperial encendió las hogueras de las torres para alertar a la población del ataque.

El general Li se dirigió al palacio imperial para informar de la situación y prepararse para la batalla. Pero hacían falta soldados, por lo que el Emperador ordenó a su consejero Chi Fu que fuera a las provincias y reclutara hombres para aumentar los efectivos del Ejército Imperial.





Entretanto, en un pueblo lejano, la joven Mulán se preparaba para encontrarse con la casamentera de la ciudad ese mismo día. Escribió en el brazo las cosas que tenía que decir: «...quieta y recatada, grácil, cortés...»

Un matrimonio con un buen partido traería honor a la familia, pero primero tenía que impresionar a la casamentera. De camino a la ciudad, Mulán se detuvo en el templo familiar para tomar el té con su padre, Fa Zhou. Al verla, el hombre se levantó apoyándose en su bastón.

—Contamos contigo. ¡Apresúrate! —instó a su hija.

Entonces les suplicó a los ancestros que le concedieran a su hija la suerte que necesitaba.



Junto a la casa de la casamentera, la madre de Mulán, Fa Li, esperaba ansiosa a su hija. La muchacha llegó galopando a lomos de su caballo Khan. Iba cubierta de polvo y despeinada y tenía briznas de paja en el pelo.

—¡Primero hay que arreglarse!
—dijo su madre con severidad.

Poco rato después, Mulán estaba lista para reunirse con la casamentera. Sin embargo,

y a pesar de que llevaba encima el grillo de la suerte, las cosas no salieron bien. La visita fue un desastre y acabó con la ropa de la mujer ¡en llamas! Esta salió corriendo a la calle y Mulán la siguió y apagó las llamas tras arrojarle el té por encima. La pobre casamentera quedó empapada y se enfureció mucho.

—¡Nunca honrarás a tu familia! —gritó, mientras Mulán, avergonzada, se alejaba.





Sentada debajo de un hermoso cerezo, Mulán estaba algo alicaída. Su padre se acercó y se sentó a su lado. Señaló una flor y dijo:

—Está tardando un poco, pero apuesto a que cuando florezca, será la más hermosa de todas. —Mulán sonrió. De repente, un estruendo de tambores y cascos de caballo los sobresaltó.

—¡Los hunos nos han invadido!
—anunciaba a gritos Chi Fu—.
Un hombre de cada familia tiene que unirse al Ejército Imperial.

Mulán se fue hacia él y le dijo:

—Mi padre ha combatido con creces en el pasado.

Su audacia enfureció a Chi Fu. Mientras la abuela Fa se llevaba a Mulán, Fa Zhou recibió la orden de alistarse en el ejército.





Aquella noche, Mulán observó como su padre practicaba con la espada. Lo vio caer y supo que el hombre no sobreviviría a otra guerra. La joven tomó una decisión.

Sigilosamente, Mulán cogió la orden de alistamiento de Fa Zhou que había sobre su mesa, se cortó el cabello con la espada de su padre y se vistió con su armadura.



Disfrazada de hombre, esa noche Mulán se adentró en la tormenta cabalgando a lomos de Khan. Aunque a las mujeres les estaba prohibido ser soldados, ella se alistaría en el ejército, arriesgando su vida para salvar la de su padre.

Cuando la familia se despertó, ya hacía horas que Mulán se había ido. Temiendo por su seguridad, dedicaron unas plegarias a los ancestros.



En el templo familiar, el dragoncito Mushu tocó el gong para despertar a los antepasados. Anteriormente, Mushu había sido custodio del templo, pero perdió el puesto tras un fracaso.

Ahora deseaba tener la oportunidad de salvar a Mulán y demostrar su valía. Los ancestros se rieron de él y le dijeron que despertara al Gran Dragón de Piedra para la importante misión. ¡Pero era imposible despertarlo!



Frustrado, Mushu lo golpeó con el gong y el Gran Dragón de Piedra se hizo añicos. Temiendo la ira de los ancestros, Mushu levantó la cabeza de piedra y rugió:

—¡Soy el Gran Dragón de Piedra e iré en busca de Mulán!

Entonces se presentó Grillo, el amuleto de la suerte de Mulán, dispuesto a ayudar. Juntos decidieron que harían de Mulán una heroína y que Mushu recuperaría su puesto de guardián del templo.





Mushu y Grillo alcanzaron a Mulán cerca del campamento militar. A la luz de una hoguera, Mushu proyectó una sombra.

—Me envían tus ancestros para que te guíe —bramó.

—¿Mis ancestros me mandan a una lagartija para que me ayude?
—se preguntó Mulán. Pero necesitaba ayuda desesperadamente y la aceptó. Por la mañana tenía que presentarse ante sus jefes.

No muy lejos de allí, el general Li ascendió a su hijo Shang al rango de capitán.

—Te encargarás de entrenar a los nuevos reclutas —le ordenó.

Chi Fu pensaba que a Shang le faltaba experiencia para asumir esta responsabilidad.





El general Li le pidió a Chi Fu que le informara sobre los progresos de Shang. Entonces, partió con sus tropas para enfrentarse a los invasores hunos.

Juntos a las tiendas militares, Shang conoció a Mulán y le preguntó su nombre.

—Me llamo... Ping —respondió ella, dándole su orden de alistamiento.

El entrenamiento empezó al día siguiente. Shang disparó una flecha a lo alto de un poste y ató dos pesados discos de bronce a las muñecas del recluta Yao.

—Uno para la disciplina y el otro para la fuerza —dijo—. Ahora sube a recuperar la flecha.

Yao no lo logró. Tampoco Ling, Chien-Po, Mulán ni el resto de los reclutas. Pero Mulán quiso probar una última vez.





Se colgó un disco de bronce en cada muñeca y empezó a trepar, pero de nuevo resbaló. Entonces se le ocurrió una idea. Entrelazó los dos pesos y los usó a modo de abrazadera para ir subiendo hasta arriba del todo. ¡Todos la vitorearon! Incluso Shang quedó impresionado por lo que había visto.



Entretanto, los hunos avanzaban. El halcón de Shan-Yu le trajo una muñequita.

Por el olor que desprendía el juguete, Shan-Yu supo que procedía del paso de Tung-Shao, donde estaba apostado el ejército del general Li. Shan-Yu dijo con desdén:

—Alguien echará en falta su muñeca. Deberíamos devolvérsela.



En el campamento, Mushu planeó la entrada en batalla de Mulán para convertirla en heroína. Con la ayuda de Grillo, redactó una carta ordenando a Shang que condujera a los reclutas al paso de Tung-Shao. Luego la firmó haciéndose pasar por el general Li.



Shang condujo sus tropas por las montañas y llegaron a un poblado incendiado por los hunos. El casco del general yacía en el suelo. Shang clavó su espada en la nieve y puso el casco de su padre sobre la empuñadura. Mulán encontró la muñequita entre las cenizas y la colocó junto a la espada.

—Ahora somos nosotros la única esperanza para el Emperador —dijo Shang.

En silencio, las tropas de Shang atravesaron el paso de Tung-Shao. De repente, una explosión en el carro de armas los descubrió. Pocos segundos después, miles de flechas en llamas llovieron sobre sus cabezas.





Las tropas de Shang dispararon sus cañones. Era como si el enemigo hubiera desaparecido. Pero entonces, cuando el humo se disipó, Mulán vio a cientos de soldados hunos dispuestos a atacarlos. Con valentía, Shang ordenó a Yao que apuntara su último cañón hacia Shan-Yu. —Preparaos a luchar —dijo—. Si morimos, moriremos con honor.

A Mulán se le ocurrió una idea y pasó a la acción. Cogió el cañón y corrió hacia Shan-Yu. Prendió la mecha y disparó directamente contra la montaña. Una avalancha de nieve aplastó al ejército de los hunos, pero, antes de quedar sepultado, Shan-Yu tuvo tiempo de clavarle la espada a Mulán. A pesar de estar herida, la joven saltó a lomos de Khan y tiró de Shang, que estaba a sus espaldas, justo cuando el muro de nieve los empujaba hacia un precipicio.





—¡Socorro! —gritó Mulán. Pasó una cuerda alrededor de Khan, la anudó a su flecha y la disparó hacia los soldados. Estos tiraron con fuerza, pero el suelo helado empezó a ceder. Justo cuando parecía que se iban a caer al vacío, Chien-Po levantó a los soldados y todos juntos rescataron al caballo y a los jinetes.

—Ping... te debo la vida —le dijo Shang a Mulán.

Entonces Mulán se dio cuenta de que estaba herida. Al curarla, el médico reveló el secreto de Mulán: Ping era una mujer.

Chi Fu acusó a Mulán de traición y ordenó a Shang que la ejecutara. Este alzó su espada, pero la arrojó al suelo. Mulán le había salvado la vida y ahora él le perdonaba la suya.

—He pagado mi deuda —dijo. Luego ordenó a las tropas que avanzaran sin ella.





Mulán, Khan, Mushu y Grillo se acurrucaron ante una pequeña hoguera. Entonces escucharon un aullido de rabia que provenía del precipicio. ¡El aullido de Shan-Yu! ¡Estaba vivo! Él y sus cinco soldados de élite se dirigían al palacio. Mulán tenía que advertir a Shang antes de que fuera demasiado tarde.



En la ciudad celebraban la victoria. Mulán encontró a Shang justo frente al palacio.

—¡Los hunos están vivos!
—gritó—. ¡Vienen hacia mí!

Shang, que se sentía dolido y traicionado por Mulán, no la creyó.



Shang estaba a punto de mostrarle la espada de Shan-Yu al Emperador, cuando el halcón de los hunos descendió, agarró el arma y se la entregó a su amo, que estaba de pie en el tejado del palacio. De repente, los soldados de élite salieron de detrás de un dragón de papel, arrastraron al Emperador al interior del palacio y atrancaron la puerta.



Rápida como nadie, Mulán disfrazó a Yao, Chien-Po y Ling de mujer y los llevó al palacio. Utilizaron sus ceñidores para trepar por las columnas y poder entrar. Al ver que podía confiar en Mulán, Shang se les unió. ¡Sus disfraces funcionaron! Mulán, Ling, Yao y Chien-Po cogieron a los guardias por sorpresa y los derrotaron. Shang entró en tromba en el balcón y se enfrentó a Shan-Yu. Lucharon con fiereza. Rápidamente Mulán puso a salvo al Emperador haciéndole descender por una cuerda junto con Chien-Po, Yao y Ling. Shan-Yu corrió a detenerles, pero Mulán cortó la cuerda.





Historias encantadoras



Shan-Yu desenvainó su espada y atacó a Shang.

—¡Me has robado la victoria!

—No, fui yo —dijo Mulán mientras se recogía el cabello para que la reconociera.

Mulán corrió y él la persiguió, hasta que se encontraron cara a cara en el tejado. Él se abalanzó, pero Mulán le cogió la espada y clavó su capa en el suelo.

—¿Listo, Mushu? —gritó ella. Grillo prendió la mecha de un cohete que Mushu llevaba atado a la espalda. Cuando el pequeño dragón impactó contra Shan-Yu, este fue a parar a la torre de los juegos artificiales, que saltó por los aires. Mushu y Grillo también salieron disparados, y Mulán cayó sobre Shang, mientras la espada de Shan-Yu caía al suelo. Mulán y Shang se miraron maravillados mientras el cielo se iluminaba de colores.





—He oído hablar mucho de ti —le dijo el Emperador a Mulán con voz severa—. Robaste la armadura de tu padre, te hiciste pasar por un soldado, deshonraste al ejército chino, destruiste mi palacio y... nos has salvado a todos.

Ante el asombro de todos, el Emperador se inclinó frente a Mulán. Atónitos, todos siguieron su ejemplo. El soberano honró a Mulán regalándole su colgante y la espada de Shan-Yu. Shang se despidió de la joven y la observó alejarse a lomos de su caballo.

El Emperador le dio este consejo:

—La flor que florece en medio de la adversidad es la más rara y la más hermosa de todas.

—Al ver la cara de desconcierto de Shang, añadió—: No se encuentra una muchacha como esa en cada dinastía.





Historias encantadoras

De regreso a su hogar, Mulán le entregó a su padre los regalos del Emperador. —El mayor regalo y honor es tener una hija como tú —dijo con orgullo Fa Zhou—. ¡Te he echado tanto de menos! Mientras se abrazaban llegó Shang, y todos le dieron la bienvenida al hogar de la familia Fa, sobre todo Mulán.

En el templo familiar, los ancestros estuvieron de acuerdo en que Mushu había hecho bien las cosas, así que volvería a ser guardián. Mulán se había convertido en heroína y en líder y, a su manera, había honrado a la familia. ¡Era hora de celebrarlo!



La historia de Jasmine

En el mágico relato de *Aladdín*, la princesa Jasmine emprende un asombroso viaje de descubrimiento y se niega a amoldarse a las costumbres anticuadas de la sociedad. Gracias a su naturaleza audaz y a su mente abierta, Jasmine es capaz de demostrar a todos que lo más importante es quién eres en tu interior.





Historias encantadoras

Buenas noches, mi respetable amigo. Lo que tengo en las manos no es una lámpara cualquiera. De hecho, en una ocasión cambió la vida de un muchacho. Un joven que, como esta lámpara, era mucho más de lo que parecía: un diamante en bruto. Sigue leyendo y descubrirás una historia llena de aventuras y amistad. Una historia que nos dice que lo más importante es el interior de las personas. Todo empezó una noche oscura, con un hombre malvado que quería tener el poder absoluto.

En el desierto de Arabia, un perverso hechicero llamado Jafar le pidió a un ladrón, de nombre Gazeem, que entrara en la Cueva de las Maravillas a buscar una lámpara mágica. En cuanto Gazeem intentó entrar en la cueva, retumbó una voz:

—Solo podrá entrar alguien que se lo merezca, ¡un diamante en bruto!





A pesar de la advertencia, Gazeem, titubeante, avanzó. De repente, la entrada de cabeza de tigre se derrumbó y el hombre desapareció bajo la arena.

—Debo hacerme con ese diamante en bruto —se dijo Jafar.

La mañana siguiente, en el mercado de Agrabah, un pobre chico de la calle llamado Aladdín cogió una hogaza de pan sin pagar.

—¡Detente, ladrón! —gritó uno de los guardias de palacio.

Aladdín no tenía padres ni hogar y tenía que robar para comer. Era hábil esquivando a los guardias, y pronto se deshizo de ellos. Él y su mejor amigo, un mono llamado Abú, vivían en una azotea de Agrabah, desde donde se veía el palacio del Sultán.

—Algún día, Abú, las cosas cambiarán. Seremos ricos, viviremos en un palacio y nunca tendremos problemas —le prometió Aladdín, mientras contemplaba el edificio del soberano.



Historias encantadoras



Mientras tanto, en el palacio, la princesa Jasmine se sentía muy desdichada. Su padre, el Sultán, quería que se casara con un príncipe ¡en el plazo de tres días!

El soberano le había encontrado varios príncipes para que escogiera, pero a Jasmine no le gustaba ninguno. Quería casarse por amor, pero su padre no lo entendía. Según él, había que obedecer la ley.

El Sultán estaba desesperado y pidió ayuda a su consejero de confianza, Jafar. El hechicero le dijo que podía ayudarlo, pero que para ello necesitaba el anillo con el místico diamante azul del Sultán. El gobernante dudó unos instantes, el tiempo suficiente para que Jafar lo hipnotizara y le arrebatara la joya. Ahora Jafar la podría usar para hallar el diamante en bruto que tan desesperadamente necesitaba.





Mientras Jafar tramaba y planeaba, Jasmine decidió que prefería abandonar su vida de princesa antes que casarse contra su voluntad.

—Lo siento, Rajah —le dijo a su fiel tigre—. No puedo quedarme aquí y renunciar a vivir mi vida. Te echaré de menos.

Con la ayuda del tigre, la princesa escaló el muro del palacio y se marchó.

La mañana siguiente, Jasmine paseaba feliz por el mercado. De pronto, vio a un niño hambriento, así que cogió una manzana del puesto de fruta y se la dio. Como había pasado toda la vida alejada del mundo real, Jasmine no se dio cuenta de que estaba robando.

El amo del puesto, enfurecido, se enfrentó a Jasmine.

—¡Ladrona! —le gritó, mientras sacaba su espada.

Aladdín, que lo había visto todo, se interpuso entre Jasmine y el hombre y convenció a este de que no era una ladrona. Al final, la pareja logró escapar del apuro.





Entretanto, en su cámara secreta, Jafar manipulaba el anillo del sultán para activar las arenas del tiempo.

—Dime quién puede entrar en la cueva —le ordenó Jafar al reloj de arena mágico. De repente, apareció una imagen en su interior—. Ahí está... mi diamante en bruto.

¡Las arenas del reloj mostraban una imagen de Aladdín! Jafar ordenó a los guardias que trajeran al joven a palacio.



En la gruta donde vivía Aladdín, Jasmine estaba impresionada.

—No es gran cosa, pero la vista es magnífica —dijo el joven.

Cuando Jasmine vio el palacio dejó de sonreír.

—¿De dónde eres? —le preguntó Aladdín.

—¿Qué importa eso? —respondió ella—. Me escapé y no pienso volver.



De pronto, aparecieron los guardias de palacio.

—¡Estás aquí! —gritó uno de ellos.

—¡Me buscan! —exclamaron Jasmine y Aladdín a la vez.

En realidad, los guardias solo querían atrapar a Aladdín, y lo agarraron. Jasmine se quitó el velo para revelar su identidad real y les pidió que soltaran a Aladdín, pero ellos se negaron.



Aladdín y Abú fueron encerrados en un calabozo. El joven se sentía decepcionado con respecto a Jasmine. ¡Era una princesa! Aunque le gustaba mucho, jamás volvería a verla. Él era un chico de la calle y ella se merecía un príncipe.

Justo entonces, un prisionero anciano emergió de las sombras. Le dijo a Aladdín que lo haría rico, suficientemente rico como para impresionar a una princesa, si aceptaba cumplir un encargo de su parte. Aladdín accedió en cuanto vio que el anciano abría un pasadizo secreto por el que poder escapar del calabozo.





El anciano condujo a Aladdín y a Abú hasta la Cueva de las Maravillas. Quería que Aladdín entrara a buscar un objeto mágico.

—¿Quién osa perturbar mi sueño?
—rugió la entrada de cabeza de tigre.

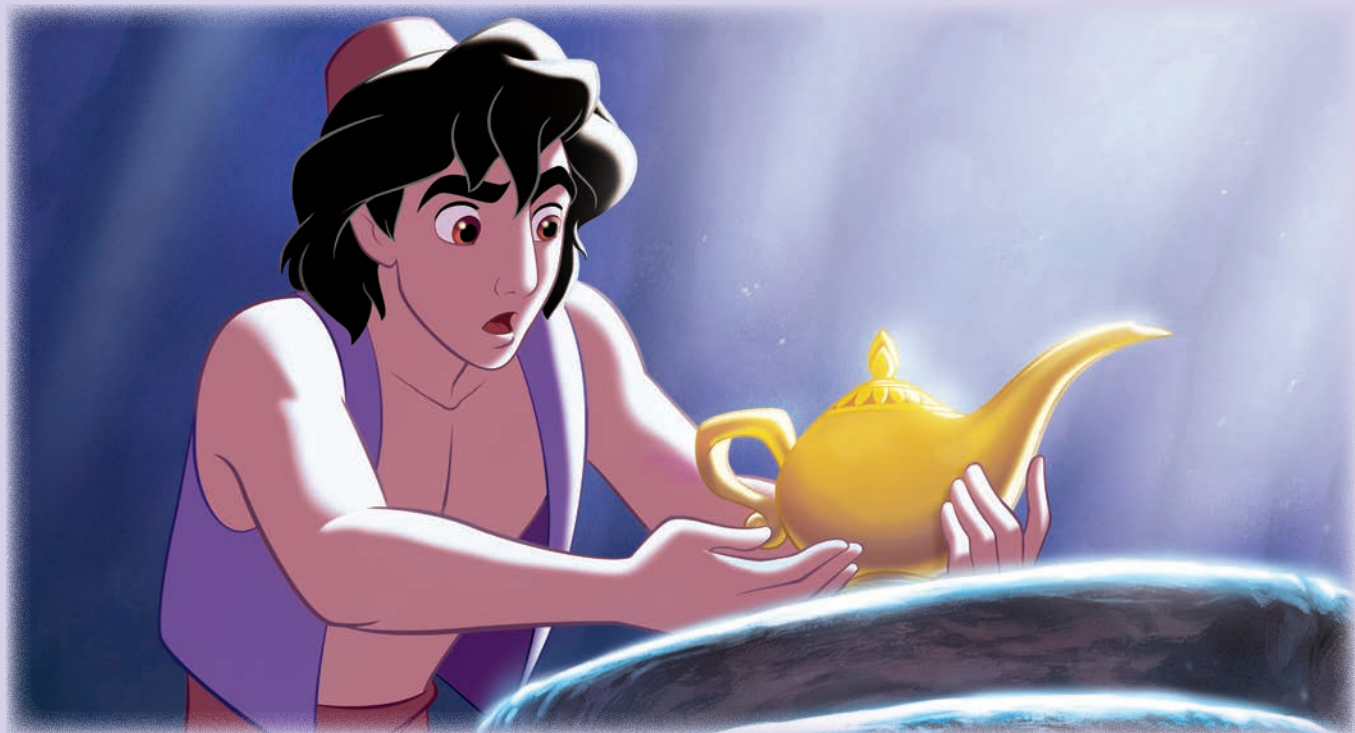
—Soy yo, Aladdín —respondió.

—Adelante —tronó el tigre—. Pero recuerda que solo puedes tocar la lámpara.

Aladdín y Abú entraron en la cueva y pronto se hallaron en la cámara del tesoro. Una alfombra mágica se acercó y jugueteó con la cola de Abú; luego, se escondió tras un montón de oro.

—Tal vez puedas ayudarnos —le dijo Aladdín a la alfombra—. Buscamos una lámpara.

La alfombra los llevó hasta un lago, en las profundidades de la cueva. Allí, sobre un enorme altar de piedra, había una lámpara. Aladdín se acercó a ella preguntándose por qué sería tan importante si su aspecto era corriente.





Pero al mismo tiempo que Aladdín cogía la lámpara, Abú tocó una piedra preciosa.

—¡Has tocado el tesoro prohibido! —rugió la voz de la cueva—. ¡Jamás volverás a ver la luz del día!

El suelo tembló y se oyó un gran estruendo. Aladdín salió despedido por los aires mientras la cueva se llenaba de lava fundida. La alfombra detuvo la caída de Aladdín y Abú y los llevó a la entrada de la caverna.

Cuando estaban a punto de salir, Aladdín se cayó de la alfombra. Buscó algo a lo que agarrarse y le suplicó al anciano que lo ayudara.

—Primero dame la lámpara —le dijo el viejo. Aladdín se la dio, pero luego el hombre huyó. Aladdín y Abú se precipitaron hacia la lava ardiente.





En el exterior de la cueva, resultó que el anciano en realidad era Jafar disfrazado. Se sentía feliz por haber conseguido la lámpara. Metió la mano entre los pliegues de su capa, pero... ¡la lámpara había desaparecido! El hechicero aulló de rabia.



En la cueva, ya libre de lava, la alfombra mágica había rescatado a Aladdín y Abú, que sostenía ¡la lámpara! Aladdín la frotó y esta empezó a brillar. Luego, del caño de la lámpara surgió una nube de humo que se convirtió en un genio azul gigante.

—¿Qué deseáis, amo? —preguntó el Genio. Este explicó al muchacho que podía concederle tres deseos. ¡Aladdín no podía creérselo!

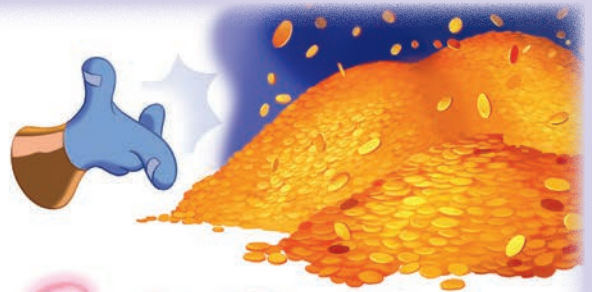


El Genio le explicó que él era el mejor amigo que Aladdín pudiera desear. Le podía ofrecer riquezas, la comida más deliciosa del mundo y una fuerza incomparable. Pero los deseos tenían sus limitaciones.

—¿Limitaciones? —preguntó Aladdín echándole una mirada a Abú y añadiendo: —Probablemente no pueda ni sacarnos de esta cueva.

—¿Perdón? —preguntó el Genio.

Unos segundos después, todos volaban en la alfombra mágica hacia la salida, sin que Aladdín hubiera tenido que usar ninguno de los tres deseos.





Mientras, Jasmine recriminaba a Jafar que hubiese hecho desaparecer a Aladdín. Jafar se disculpó, pero ella no quería aceptar sus disculpas.

—Al menos algo bueno saldrá de eso de que me obliguen a casarme —dijo—. Cuando sea reina, ¡podré librarme de ti!

Ya fuera de la cueva, Aladdín pensó en su primer deseo.

—Genio, quiero que me conviertas en príncipe —dijo Aladdín, que lo único que deseaba era impresionar a la princesa Jasmine.

El Genio examinó a Aladdín y, tras un movimiento de sus manos azules, el joven apareció con ropajes dignos de un príncipe.

—¡Sujétate el turbante, chico! —gritó el Genio—. ¡Haré de ti una estrella!





En un abrir y cerrar de ojos, Aladdín se encontró cabalgando hacia Agrabah en medio de un espectacular desfile de acróbatas, bailarines y lanzadores de espadas, junto con una gran colección de animales, incluyendo a Abú, al que el Genio había transformado en elefante.

Al llegar a palacio, Aladdín —haciéndose llamar príncipe Alí Ababwa— solicitó la mano de Jasmine en matrimonio.

El sultán estaba encantado de que un príncipe de tan alto rango quisiera casarse con su hija.

Jasmine, que no reconoció a Aladdín, no estaba tan impresionada. Ella no era un premio que uno pudiera ganar.





Para demostrar a Jasmine que no era tan arrogante como parecía, Aladdín, disfrazado todavía de príncipe Alí Ababwa, fue a visitar a la princesa esa noche.

—¡Déjame en paz! —dijo ella al verlo junto al balcón, sobre la alfombra mágica. No le interesaba nada ese príncipe altanero.

—Por favor, dame una oportunidad —le rogó Aladdín, que le ofreció darle una vuelta en la alfombra mágica.

La princesa aceptó y volaron juntos a través de desiertos, montañas, mares y ciudades. Jasmine pronto se percató de que el príncipe Alí en realidad era el muchacho del mercado.

Para cuando regresaron a palacio, no había duda de que se ¡habían enamorado! Por primera vez en su vida, las cosas le empezaban a ir bien a Aladdín.





Pero todo se torció cuando los guardias de palacio, siguiendo las órdenes de Jafar, lo capturaron y lo arrojaron al mar.

Con los pies encadenados a una bola de hierro, Aladdín se hundió hasta el fondo del mar. La lámpara fue a parar a unos metros de distancia de donde estaba él. Se esforzó por alcanzarla y, aunque se le acababa el aire, logró recuperarla.



Entonces, apareció el Genio y lo rescató, cumpliendo el deseo solicitado por Aladdín.

—No me des esos sustos, chico —le dijo el Genio, mientras le quitaba las cadenas.





En el palacio, Jafar había hipnotizado de nuevo al Sultán. Dirigiéndose a Jasmine, este dijo:

—Te casarás con Jafar.

En ese momento, llegó Aladdín y reveló que Jafar era un hechicero malvado. Este vio la lámpara de Aladdín y se dio cuenta de que era el príncipe Alí. Sin perder un instante, el bellaco escapó.

Al poco rato, el loro de Jafar,

Iago, atrajo a Aladdín a las afueras de palacio imitando la voz de Jasmine. Cuando Aladdín salió a buscarla, Iago le robó la lámpara y se la entregó a Jafar.

Jafar frotó la lámpara y le dio al Genio su primera orden.

—¡Deseo convertirme en el Sultán! —El Genio no podía negarse, así que transformó a Jafar en la máxima autoridad del reino y arrancó el castillo con sus manos.

—¡Genio, no lo hagas! ¡Nooo! —gritó Aladdín.

—Lo siento, chico —replicó el Genio—. Ahora tengo un nuevo amo.





Jafar formuló su segundo deseo: ser el hechicero más poderoso del mundo. Entonces usó su nuevo poder para desterrar a Aladdín y a Abú a algún lugar muy lejano y frío. Aladdín y Abú se acurrucaron juntos en la nieve.

—De un modo u otro tengo que volver y arreglar las cosas —dijo Aladdín. Por suerte, además de Abú también tenía a su lado la alfombra mágica. Todavía era posible salvar a Jasmine y poner fin a los malvados planes de Jafar—. ¡Volvamos a Agrabah! —exclamó Aladdín.

En el palacio, el Sultán colgaba del techo de la sala del trono como una marioneta. Y Jafar había convertido a Jasmine en su criada.

Jafar estaba tan ocupado disfrutando de su poder que no se dio cuenta de que Aladdín se colaba en la sala del trono. No obstante, justo cuando el muchacho se disponía a coger la lámpara, Jafar lo descubrió al verlo reflejado en la tiara de Jasmine.





Historias encantadoras

Jafar usó al instante su magia para encerrar a Jasmine en un reloj de arena gigante y convertir a Abú en un juguete. Entonces atrapó a Aladdín tras un muro de espadas. Pero el chico estaba listo para improvisar, como siempre había hecho en las calles de Agrabah, y se le ocurrió una idea.

—¡El Genio tiene más poder del que tú tendrás jamás! —gritó a Jafar.

Furioso, el hechicero formuló su último deseo: ser un genio todopoderoso.

Y así fue, pero Jafar se había olvidado de que un genio está obligado a vivir en una lámpara y a obedecer los deseos de su amo. Aladdín cogió la lámpara de Jafar y el malvado brujo quedó aprisionado en su interior para siempre. El Genio lanzó entonces la lámpara hacia lo más profundo del desierto.

Como recompensa por la valentía de Aladdín, el Sultán modificó la ley para que Jasmine pudiera casarse con quien ella quisiera. Aladdín usó su tercer deseo para liberar al Genio, que se moría de ganas de explorar el mundo. Aladdín y el Genio se despidieron con un abrazo, pero sabían que siempre serían amigos.



La historia de Mérída

Mérída es una princesa escocesa, fuerte y llena de confianza en sí misma. En *Brave* la vemos responsabilizarse de sus propias acciones y no dejar que otros le digan lo que tiene que hacer. A pesar de cometer errores que amenazan a su familia y a la subsistencia del clan, la valentía de Mérída le permite defender aquello que considera correcto.





Historias encantadoras

Había una vez un reino llamado DunBroch, escondido en las Tierras Altas escocesas. Era un lugar lleno de historias, magia y peligros. El rey Fergus y la reina Elinor habían traído la paz a los clanes del reino que en el pasado estaban enfrentados. También criaban a su propio clan: los traviesos trillizos —Harris, Hubert y Hamish— y una princesa adolescente llamada Mérida.

La reina Elinor tenía sus esperanzas puestas en Mérida, pero creía que a su hija le quedaba mucho por aprender. Mérida era el opuesto de su madre y solo anhelaba que llegaran sus días libres, que eran escasos, porque era cuando cogía su arco, montaba en su caballo Angus y pasaba la jornada en el bosque. Mérida era una hábil arquera y casi nunca fallaba el tiro.





Una día, Mérida regresó al castillo y encontró a su familia cenando. El rey Fergus contaba su historia predilecta, la de su lucha contra el inmenso oso Mor'du y de cómo había perdido una pierna. La comida familiar se interrumpió cuando llegaron unas cartas. A invitación de la reina, tres clanes vecinos presentarían cada uno a un pretendiente para competir por la mano de Mérida en matrimonio. Mérida estaba horrorizada.

—¡No pienso aceptarlo! —gritó la muchacha antes de salir corriendo de la sala.

Unos días más tarde, la familia real recibió a los tres clanes, con sus respectivos jefes, en el Gran Salón del castillo. Los jefes de cada clan —lord MacGuffin, lord Macintosh y lord Dingwall— presentaron a sus hijos. Ninguno de ellos le causó buena impresión a Mérida. La joven se puso a pensar en alguna forma de evitar la boda.



Historias encantadoras



La reina anunció las reglas. Solo el primogénito de cada jefe competiría por la mano de la princesa, y sería ella quien elegiría la modalidad. A Mérida se le iluminaron los ojos cuando le vino una idea a la cabeza.

—¡Elijo el tiro con arco! —dijo, poniéndose en pie de un salto.

La prueba se realizó en los jardines del castillo. Los pretendientes formaron frente a Mérida.

—¡Arqueros, a vuestros puestos! —ordenó la reina Elinor—. ¡Y que la flecha afortunada alcance su objetivo!

El joven MacGuffin hizo el primer disparo y falló. El disparo del joven Macintosh fue algo mejor, pero no suficiente. El pequeño Dingwall era el más torpe de todos, pero ante el asombro general ¡dio en el blanco!





Entonces Mérida bajó al campo de tiro.

—¡Soy la descendiente primogénita del clan DunBroch! ¡Y voy a disparar para competir por mi propia mano en matrimonio! —declaró ante la multitud.

—¡Mérida! ¡Te lo prohíbo! —gritó la reina—. Mérida la ignoró y alzó el arco.

Todos los disparos de la princesa dieron en el blanco en las tres dianas de sus pretendientes. Incluso llegó a partir por la mitad la flecha de Dingwall.

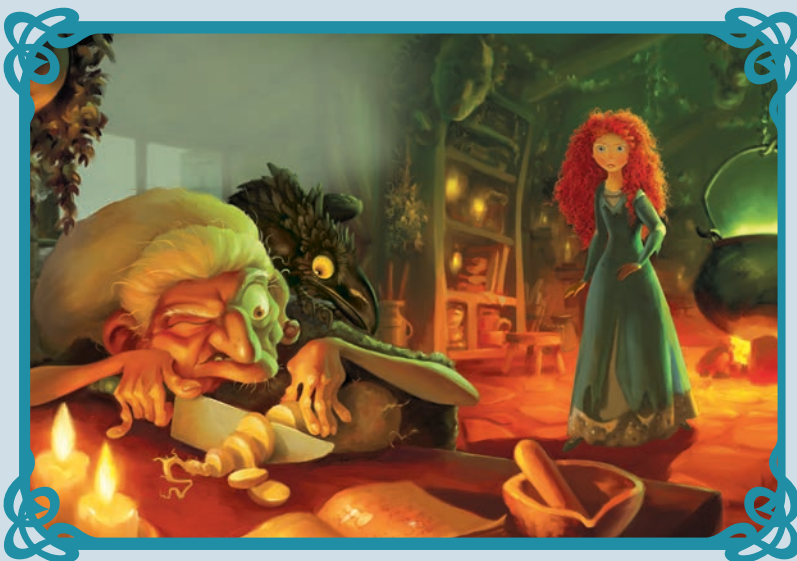
—No sabes lo que has hecho —le dijo la reina, furiosa, a Mérida, una vez estuvieron en el interior de palacio—. ¡Será a sangre y fuego si no arreglas las cosas!

—¡Eres horrible! ¡Yo nunca seré como tú! —contestó Mérida. Enojada, rasgó el tapiz de la familia, separando su imagen de la de su madre.





Mérida, llorando de ira y tristeza, huyó del castillo con Angus sin un destino claro. De repente Angus se detuvo en seco. Unas misteriosas luces azules captaron la atención de Mérida. Le hacían señas de que fuera hacia ellas. Las lucecitas formaron una cadena y Mérida, que sujetaba con firmeza las riendas de Angus, las siguió. Llegaron a una pequeña cabaña en medio del bosque.



En ella vivía una bruja. Al verla, Mérida le explicó la situación.

—Quiero un sortilegio que cambie a mi mamá. Que cambie mi destino.

La bruja le contó a Mérida sobre un príncipe que, hacía tiempo, había pedido tener la fuerza de diez hombres. También le mostró el anillo que dicho príncipe le había regalado. Tenía grabadas dos hachas entrecruzadas.



El príncipe obtuvo un sortilegio que cambió su destino, y lo mismo haría Mérida. La bruja se puso manos a la obra y preparó un pastel. Le dijo a Mérida que si le daba a probar el pastel a su madre, su propio destino cambiaría.



De vuelta en el castillo, Mérida le ofreció el pastel a su madre a modo de disculpa. Una vez acabó de comer, Elinor dijo:

—¿Por qué no subimos a ver a los jefes de los clanes y arreglamos este lío?

Al entrar en el Gran Salón, la reina se tambaleó y a punto estuvo de caerse. Mérida se preguntaba si el sortilegio estaba surtiendo efecto. Mientras ayudaba a su madre a subir las escaleras, los jefes las vieron y preguntaron cuál era la decisión de la princesa. Hábilmente, la reina Elinor consiguió un aplazamiento.





En la planta superior, Mérida ayudó a Elinor a acostarse. De repente, una enorme y peluda criatura se alzó entre las sábanas.

—¡Mamá, eres un oso! —exclamó Mérida—. Esa horrenda bruja me ha dado un hechizo inútil.

Abajo, el rey Fergus olió a oso. Desde que Mor'du le había comido la pierna, el rey había dado caza a todos los osos que

le habían salido al paso. ¡Y ahora había un oso en el castillo! El rey Fergus reunió a los clanes para ir en su persecución.

Mérida y su madre debían huir y encontrar a la bruja. Los hermanos de la princesa crearon una sombra en forma de oso para distraer al rey Fergus y a los jefes. Mientras, Mérida y la Osa Elinor salieron a hurtadillas por la cocina.

—¡No tardaré! —dijo Mérida a los chicos—. Como premio, comed a vuestro antojo.





En la cabaña de la bruja, Mérida y la Osa Elinor encontraron un mensaje: «Mirad en vuestro interior para el destino cambiar. El vínculo roto por el orgullo debéis reparar». Ambas se pusieron a buscar, pero no encontraron nada que les sirviera de ayuda. Mérida estaba hambrienta y se fue a pescar. Como reina que era, la Osa Elinor se negó a comer el pescado crudo. Al poco rato, la Osa Elinor se fue a pescar su propio comida.

Instantes después, Mérida y su madre jugaban en el arroyo.

Entonces, de repente, los ojos de la Osa Elinor se oscurecieron y proyectaron una fría mirada. La Osa olisqueó a Mérida como si no la reconociera. La princesa gritó y la mirada de la osa volvió a ser cálida.

—Has cambiado —le dijo Mérida—. Como si también por dentro fueras un oso.





Un rastro de fuegos fatuos las condujo hacia el bosque. Mérida y la Osa Elinor llegaron ante un antiguo arco de piedra con una inscripción en forma de dos hachas entrecruzadas, como las del anillo de la bruja. Era la entrada a unas antiguas ruinas.

—¿Por qué nos habrán traído hasta aquí los fuegos fatuos? —se preguntó Mérida. Mientras exploraban las ruinas, Mérida se cayó por un agujero y fue a parar al salón del trono de un castillo desmoronado.

Mérida vio una tablilla grabada con las imágenes de cuatro príncipes. Estaba partida por la mitad. El cuarto príncipe estaba separado del resto.



—Partido. Como el tapiz —murmuró Mérida. De repente, comprendió que el príncipe del que le había hablado la bruja había vivido aquí... y se había convertido en... ¡Mor'du! —gritó.

En ese momento, Mor'du regresó a su guarida y se abalanzó sobre Mérida. La Osa Elinor la salvó y ambas huyeron. Mérida sabía que debía «reparar el vínculo que el orgullo rompió».



De regreso al castillo, Mérida se dirigió al Gran Salón. Los clanes se estaban peleando por ella. La princesa estaba a punto de acceder a casarse con uno de los hijos de los jefes, cuando desde las sombras su madre se lo impidió. La Osa Elinor gesticuló para que Mérida hablara por ella.



—La reina siente... que deberíamos... encontrar el amor a su debido tiempo —tradujo Mérida.

—Esto zanja la cuestión —dijo lord McGuffin—. Dejad que estos chicos intenten ganar su corazón antes de que ganen su mano en matrimonio.

Una vez volvió la calma, Mérida y su madre subieron deprisa para ver el tapiz. Entonces entró Fergus y vio a la Osa Elinor. Le lanzó un golpe de espada, pero la osa se defendió y lo tiró al suelo. La conmoción atrajo a los miembros de los clanes.

—¡Corre, mamá! —gritó Mérida—. Elinor salió corriendo y los hombres la persiguieron.





El padre de Mérida la encerró en la sala del tapiz por su propia seguridad y le entregó la llave a Maudie, la nodriza. Entonces, el rey salió a la caza del oso.

Mérida quería salir de allí. Por el ventanuco de la puerta vio a tres oseznos. ¡Eran los trillizos! Se habían comido el resto del pastel embrujado ¡y también se habían convertido en osos!

—¡Coged la llave! —les gritó

Mérida a los oseznos. Los trillizos persiguieron a Maudie, que, muerta de miedo, soltó la llave enseguida.

Liberada por los trillizos, Mérida cogió el tapiz, además de hilo y aguja. Ella y sus hermanos se subieron a lomos de Angus y galoparon hacia el bosque para salvar a su madre. Mientras cabalgaban, Mérida remendó el tapiz y los oseznos se encargaron de las riendas. De repente, ante ellos, se elevaba un grupo de fuegos fatuos.



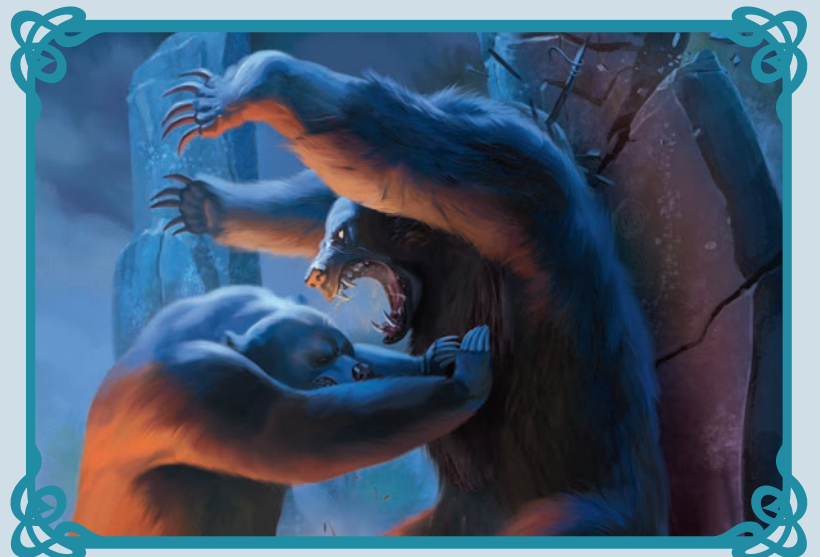


Mérida azuzó a Angus. Sabía que aquellas pequeñas llamas los conducirían hasta su madre.

Fergus y los jefes habían acorralado a la Osa Elinor en medio del Círculo de Piedras. El rey alzó su espada para matar al oso, pero, para su sorpresa, Mérida se interpuso y le cortó su pata de palo. De pronto, otro oso entró en el círculo.

—¡Mor'du! —dijo Mérida, ahogando un grito.

Los jefes de los clanes atacaron al oso gigantesco, pero este los esquivó con facilidad. Entonces, Mor'du apartó al rey Fergus de un manotazo y se acercó a Mérida. Con valentía, la joven sacó su arco y una flecha. Con un rugido ensordecedor, la Osa Elinor cargó contra Mor'du. Tras una lucha despiadada, empujó a Mor'du contra un muro de piedra que se rompió y aplastó al oso.





Historias encantadoras

En el silencio que siguió, una única llama surgió de la piedra caída y se alejó. El alma del antiguo príncipe se había unido al resto de los fuegos fatuos. Mérida colocó el tapiz remendado sobre su madre. Pero no ocurrió nada. La princesa observó como los ojos de la Osa Elinor se volvían negros y fríos.

—Quiero que vuelvas —dijo Mérida, abrazando a su madre—. Te quiero.

En ese momento, Mérida notó que una mano le acariciaba el pelo. Alzó la mirada y vio que su madre le sonreía. Al reparar su vínculo, el hechizo se había roto. ¡Elinor volvía a ser la reina! Incluso los trillizos volvían a ser niños.

De vuelta al castillo, Mérida y Elinor empezaron a tejer un nuevo tapiz, que contaría la historia de las pruebas a las que se habían enfrentado y superado juntas.

La reina Elinor nunca más volvería a dudar de que el espíritu libre y firme de Mérida era el de una verdadera princesa, y el de la futura reina de DunBroch.



La historia de Aurora

Al aceptar su vida sencilla en el bosque, Aurora demuestra que con poco basta para sentirse feliz. Su alegre naturaleza nunca decae. A pesar de su educación restringida por la maldición de Maléfica, Aurora no tiene miedo de expresar sus esperanzas y sueños para el futuro, un futuro que amenaza con serle arrebatado el día que cumpla los dieciséis años.





Historias encantadoras

Hace mucho tiempo, en país muy lejano, el rey Estéfano y su amada esposa, la reina Flor, anhelaban tener un hijo. Por fin, su deseo se cumplió con el nacimiento de una niña. La llamaron Aurora porque, como el alba al día, llenaba sus vidas de luz y calor. Con ocasión del bautizo de Aurora, sus padres recibieron al alegre rey Huberto y a su hijo Felipe, que venían a conocer a la princesa. Los dos soberanos deseaban unir sus reinos y decidieron que un día Felipe y Aurora se casarían.

Tres hadas, Flora, Fauna y Primavera, llegaron al castillo para otorgar sus dones a la niña.

—Princesita —dijo Flora, agitando su varita mágica— te otorgo el don de la belleza.

A continuación, Fauna anunció:

—Pequeña princesa, mi regalo es el don de una voz melodiosa.





Entonces, cuando Primavera, la tercera hada, se acercaba a la cuna, una fuerte ráfaga de viento penetró en el salón real. Se vio el destello de un relámpago y apareció la malvada Maléfica entre una nube de humo y unas llamas de color verde.

La hechicera estaba muy enfadada por no haber sido invitada al bautizo de Aurora, así que le concedió su don con estas palabras:

—Escuchad todos. La princesa crecerá con belleza y elegancia, pero antes de que el sol se ponga el día en que cumpla dieciséis años, ¡se pinchará el dedo con el huso de una rueca y morirá!

—¡Atrapad a esa bruja! —les gritó el rey Estéfano a los guardias de palacio, pero Maléfica soltó una risotada y desapareció entre nuevos destellos de relámpagos y llamas verdes.



Historias encantadoras



El don mágico de Primavera sirvió para mitigar la maldición. El hada prometió que si Aurora se pinchaba el dedo no moriría, pero caería en un profundo sueño.

—Te despertarás cuando un beso de amor verdadero rompa el hechizo —añadió Primavera.

Sin embargo, temeroso por la vida de su hija, el rey Estéfano mandó quemar todas las rucas del reino.

Las hadas también tenían un plan para evitar que Maléfica le hiciera daño a Aurora. Se disfrazarían de campesinas y criarían a la princesa en una cabaña abandonada en lo más profundo del bosque, sin hacer uso de la magia. El rey y la reina sabían que era lo mejor, y observaron con el corazón entristecido como su única hija desaparecía en la noche.

Maléfica y sus secuaces buscaron a la princesa sin descanso durante dieciséis largos años, pero nunca la encontraron. Si la hechicera no encontraba a Aurora, la maldición no podría cumplirse.





El día del dieciséis cumpleaños de Aurora, Maléfica le dijo a su cuervo mascota:
—Eres mi última esperanza. Busca por todas partes a una muchacha de dieciséis años, de cabellos rubios y labios de color rosa. Ve, y no me falles.

Mientras, una hermosa y feliz muchacha llamada Rosa saludaba el nuevo día desde la ventana de su cabaña. Hoy cumplía los dieciséis. No sabía que en realidad era la princesa Aurora, y que sus «tías» eran hadas. Para su cumpleaños, estas querían regalarle un pastel y un vestido, además de contarle la verdad sobre su identidad real.

Para hacerla salir de casa, le pidieron que fuera a recoger moras al bosque.

—¿Otra vez? Ya fui ayer —dijo Rosa, sospechando.

—Ya, pero necesitamos muchas más moras —respondieron las hadas.

Rosa se fue, dejando que sus «tías» le prepararan la sorpresa.





Rosa caminó por el bosque cantando una dulce canción y les confesó a sus amigos animalitos que había conocido a un apuesto príncipe, aunque solo fuera en sueños. El príncipe Felipe y su caballo, Sansón, cabalgaban por el bosque cuando el joven oyó la hermosa canción que cantaba Rosa.

De repente, Sansón hizo un movimiento brusco y el príncipe se cayó a un arroyo. Empapado de arriba abajo, se quitó el sombrero, la capa y las botas para que se secaran. Sin que se diera cuenta, los animales cogieron sus pertenencias y se las pusieron para parecer un príncipe.

—Vuestra Alteza —dijo Rosa, riendo y siguiéndoles el juego.

El príncipe Felipe siguió el sonido de la hermosa voz de Rosa y pronto encontró a la muchacha. Aunque en un principio se sorprendió al ver al príncipe, Rosa sonrió y lo tomó de la mano. Los dos bailaron y dieron vueltas igual que en uno de los sueños de Rosa.





Felipe y Rosa estaban uno en brazos del otro cuando ella se dio cuenta de que tenía que irse a su casa.

—¿Cuándo volveré a verte? —preguntó Felipe.

—Esta noche, en la cabaña del valle —respondió ella, decidida. No sabían sus nombres, solo que se habían enamorado profundamente, a primera vista.



Mientras, en la cabaña, el pastel y el vestido habían sido un desastre. Primavera insistió en que volvieran a usar la magia.

—Estoy harta de esta tontería —dijo, cogiendo la varita mágica por primera vez en años.

—Creo que tiene razón —concordó Fauna, observando el desastre que habían hecho.

—Aquí están, como nuevos —dijo Primavera, agitando las varitas en el aire.

Un bonito vestido apareció ante ellas. Pero Primavera y Flora no se ponían de acuerdo en el color y, mientras el vestido iba cambiando de rosa a azul y de azul a rosa, la magia alcanzó el caldero del fuego y cientos de chispas subieron por la chimenea.





Justo en aquel momento, el cuervo de Maléfica sobrevolaba la cabaña y vio las chispas que salían de la chimenea. Rápidamente fue a alertar a la hechicera. Mientras, Rosa llegó a casa y las hadas la sorprendieron con el vestido y el pastel. Pero ella estaba impaciente por contarles a sus «tías» el encuentro con el maravilloso joven que acababa de conocer.

—Oh, no —dijo Fauna—. Ya estás prometida al príncipe Felipe.

—¿Cómo me podría casar con un príncipe? —preguntó Rosa—. Para ello tendría que ser una princesa.

—Y lo eres, querida —replicó Flora—. Eres la princesa Aurora y esta noche vamos a llevarte de vuelta con tus padres.





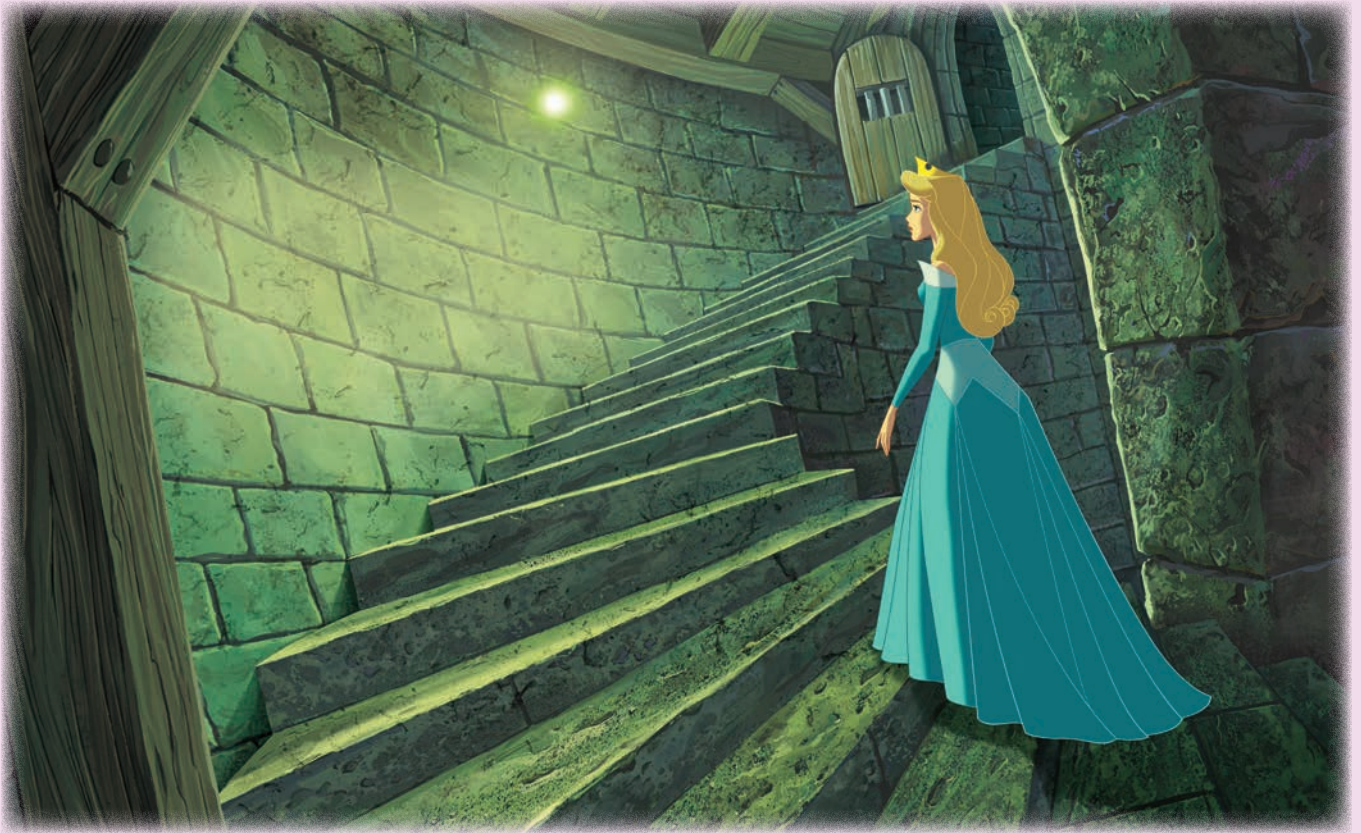
Al caer la tarde, Aurora acompañó a las hadas al castillo, donde el rey Estéfano y el rey Huberto celebraban su retorno. Pero los pensamientos de Aurora estaban con el joven que había conocido ese mismo día, y del que se había enamorado.

El sol todavía no se había puesto, así que las hadas hicieron entrar a Aurora en el castillo en secreto. Le entregaron una corona de oro, pero ella se quedó llorando, desconsolada por estar separada de su verdadero amor.

—Dejémosla un rato sola —dijo Flora, llevándose a sus hermanas de la sala.

Una vez se hubieron ido las hadas, apareció Maléfica. Con su magia creó una esfera luminosa de color verde que hizo que Aurora entrara en trance. La hechicera, dueña de la voluntad de la princesa, hizo que la siguiera.





Aurora atravesó un panel secreto escondido en la chimenea. Las hadas quisieron seguirla, pero no pudieron. La princesa subió por una escalera de caracol, guiada por la luminosa esfera verde, y entró en una alcoba oscura. En ella tan solo había un objeto: una rueca con su correspondiente huso.

La embrujada Aurora se aproximó a la rueca y la voz de Maléfica llenó la estancia.

—Toca el huso —le ordenó—.

¡Tócalo, te digo!

Aurora obedeció.

Cuando llegaron las hadas, vieron a Maléfica, triunfante, junto a la princesa caída.

—Pobres idiotas —dijo, con una cruel sonrisa en los labios—. ¡Pensábais que podríais vencer a la emperatriz del mal! —Entonces, con una malvada risotada, desapareció.





Las tres hadas se llevaron a Aurora a una estancia situada en lo alto de la torre. Allí la tendieron con suavidad sobre la cama y le pusieron una rosa roja entre sus manos. No podían contener las lágrimas.

—El rey Estéfano y la reina Flor se morirán de pena cuando se enteren —dijo Primavera, sollozando.

—No lo sabrán —replicó Flora.



Las hadas recorrieron volando todo el castillo e hicieron que todos cayeran en un profundo sueño hasta que Aurora se volviera a despertar. El destino de todos los habitantes del castillo dependía ahora de que alguien despertara a la princesa.





En el bosque, tal como habían convenido, Felipe y Sansón llegaron a la cabaña. En su interior los esperaban Maléfica y sus secuaces. El hada malvada no quería correr el riesgo de que el joven rescatara a la princesa. Los esbirros ataron a Felipe.

—Qué agradable sorpresa —dijo Maléfica—. Tendí la trampa para un campesino y mira por dónde he atrapado a un príncipe.

Maléfica encerró a Felipe en su oscuro y frío calabozo y le reveló la verdadera identidad de Rosa y su destino. En cuanto la hechicera salió, aparecieron las hadas. Liberaron a Felipe y lo armaron con el Encantado Escudo de la Virtud y la Poderosa Espada de la Verdad. Cuando subían los escalones del calabozo se toparon con el cuervo, que advirtió a los secuaces de Maléfica.





Con la ayuda de las hadas, el príncipe Felipe se abrió camino con valentía hasta salir del castillo. Flora convirtió los pedruscos en burbujas y una salva de flechas afiladas en inofensivas flores azules. Una vez lejos del castillo de Maléfica, el príncipe cabalgó a lomos de Sansón para ir en busca de Aurora y rescatarla.

Decidida a evitar que Felipe encontrara a la princesa dormida, Maléfica rodeó el castillo del rey Estéfano con una selva de mortales espinos. El príncipe los atravesó con la Poderosa Espada de la Verdad.

Maléfica estaba furiosa.

—Te las verás conmigo —exclamó, antes de convertirse en un enorme dragón que escupía fuego. Felipe se enfrentó con arrojo a la temible criatura. Con el Encantado Escudo de la Verdad pudo proteger a Sansón y a él mismo del calor y la intensidad de las terribles llamas de Maléfica.





Historias encantadoras

La selva de espinos empezó a arder por el fuego de Maléfica. Rodeado por las llamas, Felipe tenía que buscar un lugar más elevado. Trepó por un precipicio, con Maléfica tras sus pasos. El joven alzó la espada y se preparó para seguir luchando. Apuntó y lanzó el arma, alcanzando a Maléfica en el pecho. Esta se abalanzó hacia él, pero solo era un traspies a causa de su herida. Felipe se apartó cuando la cara del precipicio se derrumbó y Maléfica cayó mortalmente al vacío.

El príncipe se dirigió al aposento de Aurora. Se arrodilló y suavemente le dio un beso a su verdadero amor. Los ojos de Aurora parpadearon y le sonrió. Las hadas aplaudieron de alegría. Se había roto el hechizo y el resto del castillo empezó también a despertar.

Todas las miradas estaban puestas en Aurora y Felipe cuando descendieron por la escalinata del salón real. Parecían tan enamorados...

—¡Es Aurora, está aquí! —exclamó el rey Estéfano. El príncipe y la princesa hicieron una reverencia ante el trono y después Aurora corrió a abrazar a sus padres por primera vez en dieciséis años.

Aurora y Felipe bailaron y todo el reino se regocijó. El príncipe y la princesa vivieron felices por siempre jamás.



La historia de Blancanieves

Obligada a abandonar su hogar a causa de su malvada madrastra, Blancanieves demuestra poseer una fuerza extraordinaria al no rendirse. Su optimismo le ayuda a ver lo bueno en toda situación y su carácter dulce le permite hacerse amiga de los Siete Enanitos, incluso de Gruñón.





Historias encantadoras

Había una vez una amable princesa llamada Blancanieves. Su malvada madrastra, la reina, temía que la belleza de Blancanieves fuera un día mayor que la suya. Así que obligaba a la princesa a vestirse con harapos y a trabajar como una sirvienta. Pero nada podía malograr el dulce carácter de Blancanieves. Todos los días la reina consultaba a su Espejo Mágico.

—Espejo Mágico, dime una cosa. ¿Quién es en este reino la más hermosa?

—Tú eres la más hermosa —respondía siempre el espejo.

Pero una mañana el espejo declaró que Blancanieves era la mujer más hermosa y la reina fue presa de un ataque de celos.

Mientras Blancanieves realizaba sus tareas, a menudo formulaba un anhelo cantando ante el pozo de los deseos: que algún día un príncipe se enamorara de ella. Un día, un apuesto príncipe la oyó cantar.





El príncipe se enamoró al instante de Blancanieves. Al principio ella se mostró tímida y corrió hacia el castillo, pero mientras él entonaba una canción, ella le envió un beso por mediación de una mansa paloma que revoloteaba por allí.

En ese mismo momento la celosa reina estaba tramando algo contra la princesa. Le ordenó al cazador real que se llevara a Blancanieves a lo más profundo del bosque y la matara. Asimismo, le entregó una cajita de madera tallada.

—Pon aquí su corazón y tráemelo —mandó al cazador, estupefacto ante aquella orden tan perversa.

Por miedo a enojar a la reina, el cazador se llevó a Blancanieves al bosque a recoger flores. La muchacha estaba contenta por tener un día libre de sus harapos y sus tareas. Mientras recogía flores, cantaba una melodía sobre su príncipe.



Ajena a las intenciones del cazador, Blancanieves cuidaba de un pájaro caído del nido.

—Por favor, no llores —le pidió—. Tu mamá no puede andar lejos. —Mientras hablaba, el cazador avanzó sigilosamente a sus espaldas, con la daga preparada.

Al darse cuenta, Blancanieves soltó un grito. Pero el hombre no fue capaz de hacerle daño.

—Perdóname —le suplicó. Entonces advirtió a Blancanieves sobre la reina—. Está loca —añadió el cazador—. ¡Huye y escóndete bien!

Aterrada, Blancanieves corrió y se adentró en el bosque. Reinaba la oscuridad y se oían extraños ruidos. Lechuzas y murciélagos volaban hacia ella, y la capa se le enganchaba entre las ramas retorcidas.





Cuanto más corría, más perdida y asustada se sentía Blancanieves. Llegó un momento en que ya no pudo correr más. Se dejó caer al suelo entre sollozos. Los animales del bosque, curiosos, se acercaron a consolarla. Blancanieves se secó las lágrimas y les sonrió.

—Todo saldrá bien —les dijo—. Pero necesito un lugar donde pasar la noche. ¿Quizá vosotros sepáis dónde puedo alojarme?

Los animales conocían el lugar perfecto para que Blancanieves pudiera descansar. La guiaron por el bosque hasta un claro soleado. Allí vio una cabaña encantadora.

Blancanieves se acercó a una ventana y miró por el cristal, pero estaba oscuro. Cuando empujó la puerta, esta se abrió. Soltó un «hola» fuerte, pero nadie contestó.





Blancanieves observó que había siete sillitas y que la casa estaba muy desordenada. Supuso que en ella vivían siete niños.

—¡Limpiaremos la casa para darles una sorpresa! —dijo Blancanieves a los animalitos—. Entonces tal vez dejen que me quede.

Entretanto, en una mina cercana, los Siete Enanitos trabajaban duro. La cabaña que Blancanieves y los animales del bosque estaban limpiando era la suya.

Cuando se puso el sol, los enanitos emprendieron el camino de regreso a casa al ritmo de una alegre canción. No podían ni imaginar la sorpresa que les esperaba.



Cuando Blancanieves y sus amigos terminaron de limpiar la planta baja, subieron al dormitorio. Allí había siete camas con unos nombres en las cabeceras: Sabio, Feliz, Mocososo, Mudito, Gruñón, Tímido y Dormilón.

—Tengo sueño —dijo Blancanieves, bostezando y tendiéndose sobre las camas. Los animales la taparon con una sábana y ella se durmió profundamente.



Los enanitos llegaron a la cabaña y vieron que salía humo de la chimenea y había luz en las ventanas. No sabían qué hacer.

—Nos acercaremos con cuidado —dijo Sabio—. ¡Seguidme!

Sabio y el resto de los enanitos se acercaron a hurtadillas a la cabaña y entraron. Pronto se dieron cuenta de que algo no iba bien. ¡Estaba todo limpio!



—¿Qué ha pasado aquí? —gruñó Gruñón. Oyeron un ruido y subieron a investigar.

Los enanitos entraron de puntillas en el dormitorio. En ese momento Blancanieves bostezó y se estiró bajo la sábana.

—¡Un monstruo! —susurraron asustados los enanitos.

—¡Caramba, es una chica! —exclamó Sabio al retirar la sábana.

Los enanitos se quedaron atónitos ante Blancanieves.

—Es muy hermosa —dijo Tímido—. Parece un ángel.





Las voces de los enanitos despertaron a Blancanieves. Se incorporó en la cama y les sonrió. —Encantada de conocerlos —dijo.

—¿Por qué encantada?
—preguntó Gruñón. Pero la sonrisa de Blancanieves era tan dulce, que el resto de los enanitos sonrieron también.

Blancanieves se presentó y les contó a los enanitos sobre la Reina Malvada.

—Por favor, no me echéis de casa —les suplicó. Los enanitos dejaron que se quedara. Todos menos Gruñón. No quería saber nada sobre una reina malvada.

Blancanieves prometió cocinar y limpiar para los enanitos para agradecerles su amabilidad. Esa noche, cuando la cena estuvo lista, se dio cuenta de que estaban demasiado sucios para sentarse a la mesa. —Salid fuera a lavaros —les dijo— o no probaréis bocado.





A los enanitos no les gustaba lavarse, pero harían cualquier cosa por satisfacer a Blancanieves. Solo Gruñón se negó.

—Sus artimañas están empezando a surtir efecto —masculló, mientras los demás empezaban a restregarse. No estaba dispuesto a que lo obligaran a lavarse.

Gruñón se equivocaba. En un instante, los enanitos agarraron a Gruñón y lo metieron en la bañera. Farfulló indignado y salpicó mientras le lavaban las manos, la cara y la barba. Ahora estaban todos listos para cenar.

Lejos de la cálida y acogedora cabaña de los enanitos, una única luz brillaba en la torre del castillo. La reina, que creía que Blancanieves estaba muerta, le preguntó a su Espejo Mágico quién era la más hermosa del reino. El espejo contestó:

—Blancanieves sigue viva. Ella es la más hermosa de todas. En el cofre hay un corazón de cerdo.

¡El cazador la había traicionado!





La malvada reina corrió a preparar una de sus pociones mágicas. El asqueroso líquido verde borboteaba y chisporroteaba en la copa.

—¡Ahora cumple con tu conjuro mágico! —ordenó la reina. Entonces se llevó la copa a los labios y bebió.

En un instante la reina se transformó en una anciana fea y misteriosa.



—¡El disfraz perfecto! —dijo, con una risotada. Luego, sumergió una manzana en otra poción—. Un mordisco de esta fruta envenenada y los ojos de la joven se cerrarán para siempre.

El único antídoto contra el hechizo era el Primer Beso de Amor. La malvada reina llenó una cesta de manzanas, entre ellas la envenenada, y se dirigió a la cabaña de los enanitos.



Blancanieves estaba preparando una tarta cuando una sombra cayó sobre ella. Con una exclamación de sorpresa miró y vio a una anciana en la ventana.

—La tarta de manzana es la preferida de los hombrecitos —dijo la mujer—. Toma, pruébala —añadió, ofreciéndole a Blancanieves la manzana envenenada.

Los pájaros amigos de Blancanieves sabían que algo iba mal. Antes de que la princesa cogiera la fruta, se lanzaron sobre la extraña, picoteándole la cabeza y aleteando frente a su rostro, para ahuyentarla.

—¿No os da vergüenza asustar a una anciana? —les riñó Blancanieves.

—¡Oh, mi corazón! —gimió la anciana—. Me das un vaso de agua, ¿por favor? —Los pájaros y los animales del bosque observaron alarmados cómo Blancanieves ayudaba a la anciana. Sabían que la princesa corría un grave peligro.





Los pájaros y los animales del bosque corrieron a la mina a avisar a los enanitos. Tiraron de sus barbas y de sus gorros. Les tiraron de la manga y los empujaron con insistencia. Por fin lo comprendieron.

—¡La reina! ¡Blancanieves! —exclamó Sabio.

—¡Tenemos que salvarla! —gritó Gruñón.

En la cabaña, la vieja le ofreció una vez más la manzana envenenada a Blancanieves.

—Es la manzana de los deseos —le dijo—. Tómala y formula un deseo. —Blancanieves cogió la fruta y pensó en el apuesto príncipe. Cerró los ojos, se llevó la manzana a la boca y la mordió. Un momento después cayó al suelo.

—¡Ahora seré yo la más hermosa del lugar! —sentenció la reina.





Pero cuando se disponía a irse, llegaron los enanitos y los animales del bosque, que la persiguieron bajo una implacable lluvia. ¡Estaban decididos a capturarla! La siguieron por una ladera rocosa y empinada, hasta que la reina se detuvo al borde de un precipicio.

La reina cogió una rama rota de un árbol e intentó hacer palanca para soltar un enorme peñasco y dejarlo caer sobre los enanitos. ¡CRAC! Un cegador relámpago cayó sobre el lugar donde se hallaba ella. La tierra se desmoronó a sus pies y, con un espeluznante grito, la reina cayó al vacío y nunca más se la volvió a ver.

Cuando los enanitos, agotados, volvieron y descubrieron a Blancanieves en el suelo, inmóvil, se les rompió el corazón. Construyeron un ataúd de oro y cristal y la velaron día y noche durante varias estaciones del año.





Historias encantadoras

Entonces, una tarde, llegó alguien que amaba a Blancanieves.

¡Era el apuesto príncipe! Había estado buscando a la hermosa muchacha por todas partes. Se arrodilló a su lado y la besó. ¡Era el Primer Beso de Amor!

Con un dulce suspiro, Blancanieves se incorporó y se frotó los ojos. El príncipe lanzó un grito de alegría y la cogió en brazos. Los enanitos rieron y bailaron, y los bosques resonaron con los gritos de felicidad de los animales. ¡Blancanieves estaba viva!

La princesa se despidió de los enanitos con un beso y les prometió ir a visitarlos pronto. El príncipe la puso sobre su caballo y se llevó a Blancanieves a su palacio, donde vivieron felices por siempre jamás.



La historia de Pocahontas

Aventurera de espíritu libre, Pocahontas no permite que otros la definan y siempre ha creído en seguir su propio camino. En esta historia, donde los acontecimientos amenazan con empeorar, Pocahontas cuenta con su inteligencia y su rápido ingenio para mantener la paz.





Historias encantadoras

En un bullicioso puerto de Londres, John Smith esperaba en la cubierta del *Susan Constant* a que el barco zarpara hacia nuevas tierras.

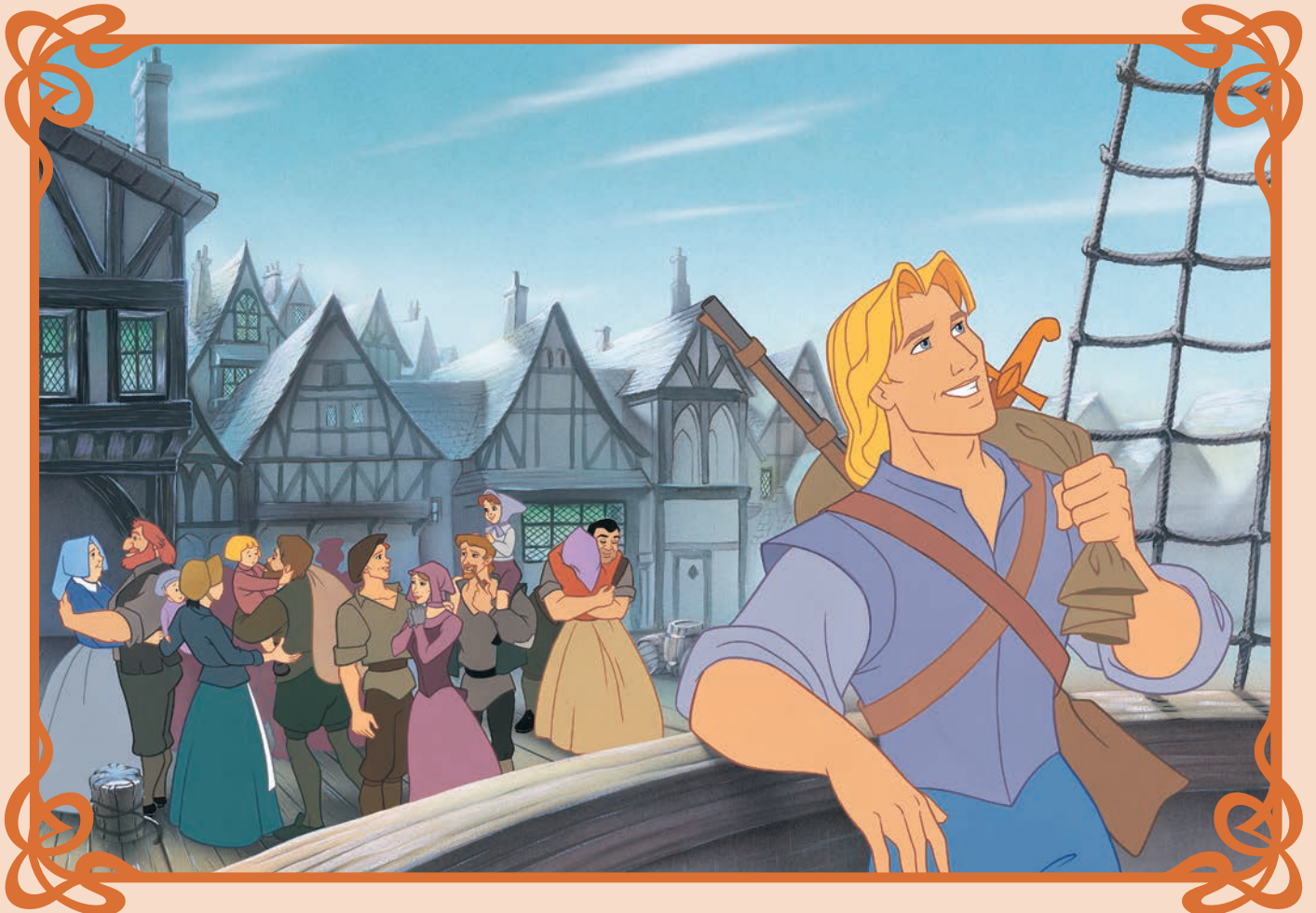
Al poco rato subió a bordo John Ratcliffe, el codicioso gobernador de la nueva colonia. Su leal sirviente, Wiggins, lo siguió llevando en brazos a Percy, el mimado chuchito de Ratcliffe. Ahora que ya estaban todos a bordo, el barco zarpó para emprender una travesía que duraría muchos meses.

En el otro lado del Atlántico, una joven llamada Pocahontas y sus inseparables compañeros, el mapache Meeko y Flit, el colibrí, exploraban el terreno. De pie, en lo alto de su risco favorito, observaba el verde y exuberante paisaje. Abajo, sentada en una canoa, la mejor amiga de Pocahontas la llamó:

—¡Pocahontas! ¡Tu padre ha regresado! ¡Baja!

La joven se lanzó al agua desde el risco y Meeko y Flit cayeron torpemente tras ella.

—¿Qué hacías allá arriba? —preguntó Nakoma.





—Pensando en mi sueño —respondió Pocahontas—. Sé que tiene un significado, pero aún no sé cuál.

—Deberías preguntarle a tu padre —sugirió Nakoma. Pocahontas estuvo de acuerdo y juntas se fueron a casa en la canoa.

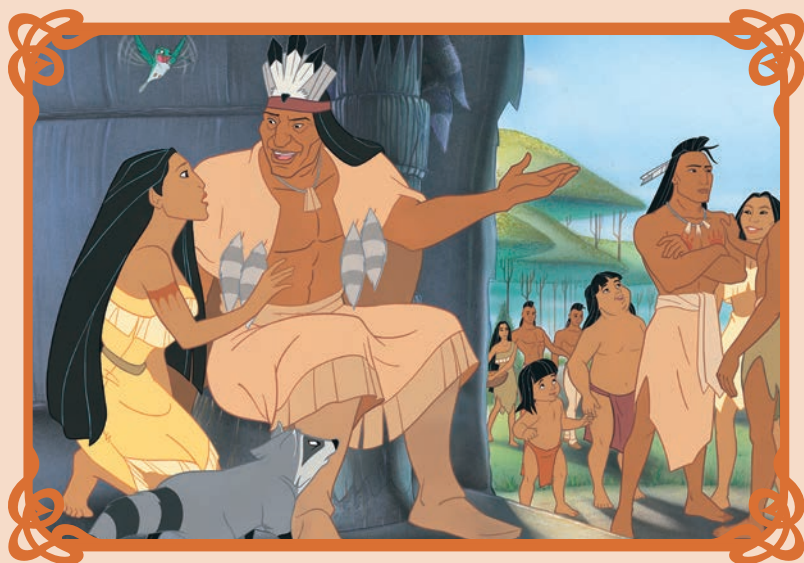
Después de abrazarse, Pocahontas le contó a su padre, el jefe Powhatan, su sueño.

—Creo que me está avisando de que pronto ocurrirá algo emocionante.

—Algo emocionante está a punto de pasar —dijo su padre, sonriéndole—. Kocoum ha pedido tu mano en matrimonio.

Pocahontas se sorprendió. Aunque apuesto y valiente, Kocoum era demasiado serio. No podía imaginarse casada con él.

—Creo que mi sueño me indica otro camino —dijo en voz baja.



—Es hora de ocupar tu puesto entre nuestras gentes —dijo Powhatan, entregándole a Pocahontas el collar que su madre había llevado el día de su boda. Se lo puso al cuello—. Incluso el indómito arroyo de montaña algún día tiene que unirse al gran río tranquilo.

Pero, para Pocahontas, el río no era tranquilo, más bien todo lo contrario. A cada recodo algo

nuevo y emocionante le esperaba. Pocahontas se fue a ver a Abuela Sauce, un árbol sabio que vivía en un claro encantado. Le describió su sueño.

—Estoy corriendo por el bosque, cuando veo una flecha. Gira más y más rápido, hasta que, de repente, ¡se detiene!

—Bueno, parece que esta flecha te está indicando tu camino —le dijo el viejo árbol.

—¿Cuál es mi camino? —preguntó Pocahontas—. ¿Cómo puedo descubrirlo?

—Escucha a tu corazón —replicó Abuela Sauce.





Empezó a levantarse una brisa y, en cuanto se hizo más intensa, Pocahontas se subió a las ramas de Abuela Sauce. Desde allí arriba, descubrió a lo lejos unas nubes muy extrañas. Nunca había visto unas nubes tan raras.

A bordo del *Susan Constant*, la tripulación se preparaba para desembarcar. Ratcliffe, impaciente por encontrar oro, le ordenó a John Smith que se asegurara de que ningún nativo se inmiscuyera en su camino. Smith le aseguró al gobernador que había combatido en numerosas batallas y que podía hacer frente a cualquier cosa.

Pocahontas se encaramó a una roca de la costa y vio que se acercaba un barco. Ahora sabía que esas extrañas nubes que había visto antes eran las velas de esa extraordinaria nave.

Antes de echar el ancla, John Smith saltó a la orilla, ávido de aventuras. Se subió a un árbol para contemplar el magnífico territorio, cerca del lugar donde se escondía Pocahontas.





Con gran sigilo, Pocahontas observó al extraño. Incluso Flit se quedó inmóvil. Pero incapaz de contener su curiosidad, el travieso Meeko salió a su encuentro. Encantado con aquella insólita criatura, Smith le ofreció una galleta. De repente, sonó un clarín: era el aviso para que Smith volviera a bordo.

Ratcliffe, impaciente por descubrir riquezas que pensaba quedarse para él solo, ordenó a los hombres que excavaran en busca de oro. Ratcliffe temía que los nativos resultaran un problema, así que ordenó a Smith que inspeccionara el bosque.



Inquieto por los recién llegados, Powhatan envió a unos hombres a observarlos.

Mientras, Pocahontas seguía observando a Smith a través de una cascada; el joven se adentraba en el bosque. Smith notó la presencia de alguien, pero no podía ver a través del agua, así que atravesó de un salto la cascada y apuntó su arma directamente hacia... Pocahontas.

La historia de Pocahontas



Smith bajó el arma y los dos jóvenes se miraron largamente. Cuando él intentó acercarse a ella, Pocahontas huyó. Él siguió su rastro hasta el río. Cuando le tendió la mano, sopló una ligera brisa y Pocahontas recordó lo que había dicho Abuela Sauce: que escuchara a su corazón y los espíritus la guiarían. Cuando sus manos se tocaron, algo especial recorrió sus cuerpos.



—Me llamo Pocahontas —dijo ella.

—Y yo John Smith —respondió él.

Entretanto, en el campamento de los colonos, los guerreros de Powhatan se escondían entre la maleza para observar a los hombres que excavaban.

—¡Encontrad el oro! —gritó Ratcliffe, arrojando unos muslos de pollo a medio comer entre los arbustos. Percy se fue tras ellos y descubrió a uno de los nativos. El chucho ladró y los colonos cogieron sus fusiles. Durante la escaramuza, un guerrero llamado Namontack resultó herido en la pierna.





Los guerreros se llevaron al herido de vuelta al poblado. Al verlos, Powhatan se enfureció.

—¡Tenemos que defendernos! Reúne a los guerreros de todos los poblados —le dijo a Kocoum. Entonces añadió—: Estos hombres blancos son peligrosos. ¡Que nadie se acerque a ellos!

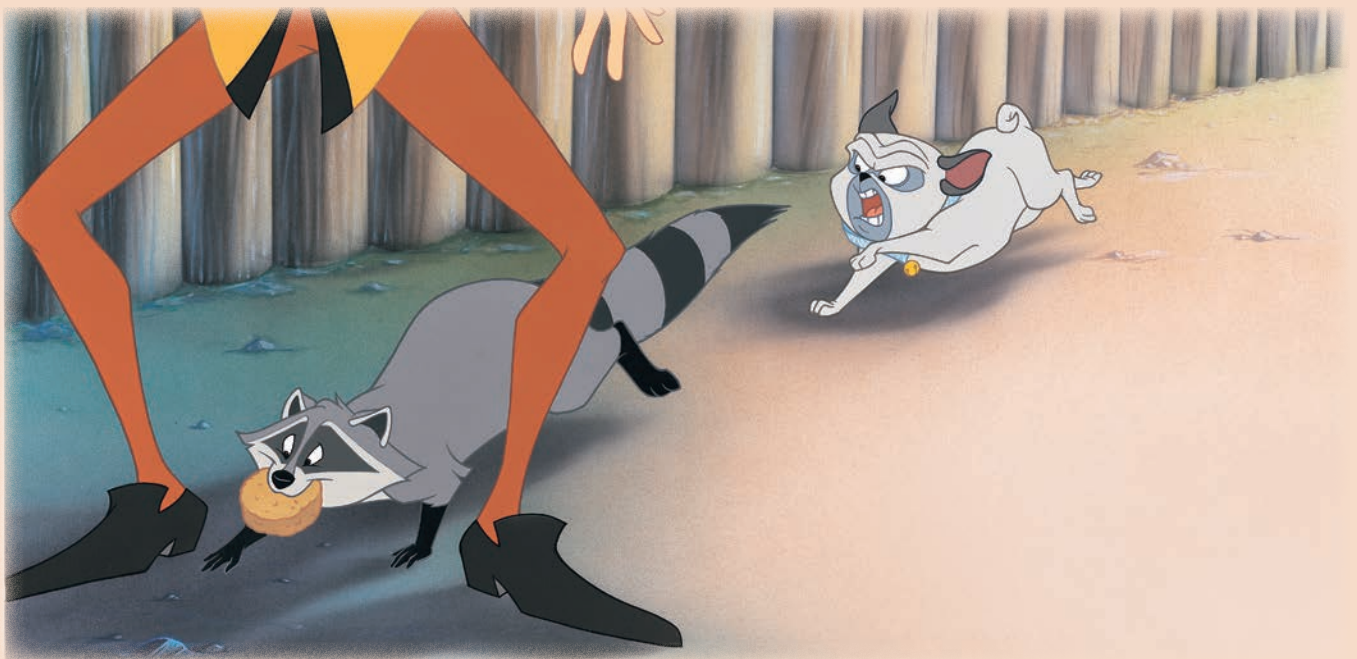
En la orilla del río, Pocahontas y Smith seguían hablando. Meeko olisqueó la bolsa de Smith por si

había alguna galleta. Cuando el mapache sacó una brújula, Smith le dijo que podía quedársela. De repente, el sonido de un tambor resonó en el bosque.

—¡Algo grave está pasando! —exclamó Pocahontas, y se fue a toda prisa.

En el campamento, Smith se encontró a Ratcliffe furioso porque no habían encontrado oro. Creía que los nativos lo tenían oculto y decidió robárselo.

Meeko se coló en la tienda del gobernador y robó parte de la succulenta cena de Percy. El perro lo persiguió hasta el bosque, más allá de la barrera que los colonos estaban construyendo para protegerse de los nativos.





En el poblado, Pocahontas y Nakoma recogían maíz cuando John Smith salió del bosque. Pocahontas le rogó a su amiga que no dijera nada y se fue con él.

Sentados en el claro encantado, Smith le contó a Pocahontas que los colonos iban en busca de oro. Pocahontas le dijo que nunca había visto oro, pero le mostró el delicioso maíz dorado que crecía en la zona. Smith se dio cuenta de que sus hombres nunca encontrarían oro allí, por más que excavaran.

Smith regresó al campamento, feliz. Se había citado con Pocahontas para esa noche. La joven iba de camino a su casa y su cabeza no dejaba de pensar en un montón de cosas.





Pocahontas se alarmó al ver a tantos guerreros de distintos poblados reunidos, dispuestos a entrar en batalla. Le rogó a su padre que dialogara, en lugar de combatir, pero él estaba convencido de que los hombres blancos no querían hablar.

—Pero si uno de ellos deseara hacerlo, lo escucharías, ¿verdad? —preguntó ella.

—Por supuesto. Pero no es tan sencillo —respondió su padre antes de reunirse con el consejo de guerra.



Smith llegó al enclave y se encontró a Ratcliffe clamando por una guerra.

—Eliminaremos a estos salvajes. ¡Entonces su oro será nuestro!

Sosteniendo una mazorca de maíz, Smith explicó que los nativos tenían buenos alimentos para compartir. Añadió que no había oro, y por tanto ningún motivo para luchar. Ratcliffe se negó a creerlo.

La historia de Pocahontas



Esa noche, cuando Pocahontas salió a escondidas para verse con Smith, Nakoma intentó detenerla.

—Si vas, le estarás dando la espalda a tu pueblo —dijo.

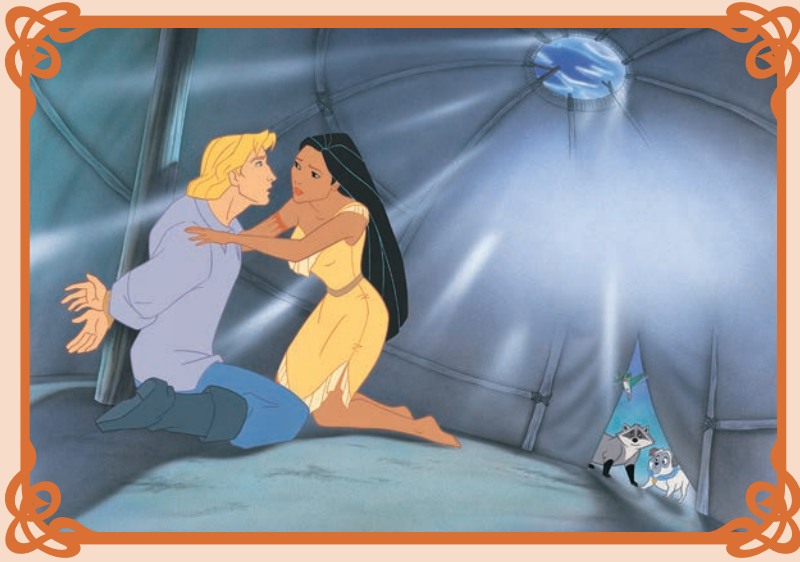
—Estoy intentando ayudar a mi pueblo —replicó Pocahontas, que se alejó hacia el bosque. Preocupada por la suerte de su amiga, Nakoma le contó a Kocoum la cita de Pocahontas.



En el claro encantado, Pocahontas le pidió a Smith que se reuniera con su padre. Al escuchar sus argumentos, Smith accedió. Pocahontas, contenta por ello, lo abrazó. En el momento en que se besaban llegó Kocoum. Furioso por lo que acababa de ver, Kocoum atacó a Smith. Los dos hombres lucharon para apoderarse del cuchillo de Kocoum.

De repente apareció Thomas, el amigo de Smith. Al ver que Kocoum alzaba su daga contra Smith, Thomas disparó su mosquetón. El guerrero resultó herido. Cuando Kocoum cayó, su mano se enredó en el collar que Pocahontas iba a llevar para su boda y este se hizo añicos cerca de su cuerpo sin vida. Smith le dijo a Thomas que huyera mientras un grupo de guerreros se lo llevaban.





De vuelta en el poblado, Powhatan condenó a Smith a morir al amanecer por el asesinato de Kocoum. Horrorizada, Pocahontas protestó, pero su padre le dio la espalda.

—Has avergonzado a tu padre. Kocoum ha muerto por tu estupidez.

Pocahontas entró en la cabaña donde Smith estaba prisionero.

Con tristeza le dijo que hubiera sido mejor no haberse conocido.

—Prefiero morir mañana que vivir cien años sin conocerte —dijo John Smith.

Entretanto, Thomas corrió de vuelta al campamento y anunció que Smith había sido apresado por los nativos.

—¿Lo véis? —dijo Ratcliffe—. ¡Intentó hacerse amigo suyo! ¡Es hora de matarlos a todos y de rescatar a nuestro camarada!





Desesperada, Pocahontas se sentó en el claro encantado. Meeko le entregó la brújula de Smith. ¡La flecha no paraba de girar! Sabía que era la señal de su sueño. Pero cuando la flecha se detuvo, apuntaba hacia la luz del alba.

—No es demasiado tarde, niña. Deja que los espíritus de la tierra te guíen —le aconsejó Abuela Sauce.

Los nativos desfilaron hacia el lugar de la ejecución, justo cuando los colonos atravesaban el bosque. La guerra parecía inevitable.

Allá arriba, en el risco, los guerreros colocaron la cabeza de Smith sobre una losa de piedra. Powhatan alzó su garrote para golpearlo, pero entonces los colonos salieron del bosque, listos para disparar.





Historias encantadoras



De repente Pocahontas se echó sobre Smith.

—¡Si lo matas, tendrás que matarme también a mí!

Todos se quedaron en silencio.

—Mira a tu alrededor —dijo Pocahontas—. El camino del odio nos ha traído hasta aquí. Este es el que yo escojo. ¿Cuál será el tuyo, padre?

Mientras el aire se arremolinaba, Powhatan habló.

—Pocahontas habla con valor y entendimiento. A partir de hoy, si otras vidas se pierden no seré yo quien haya empezado la lucha. Liberadlo.

Los guerreros bajaron sus armas.



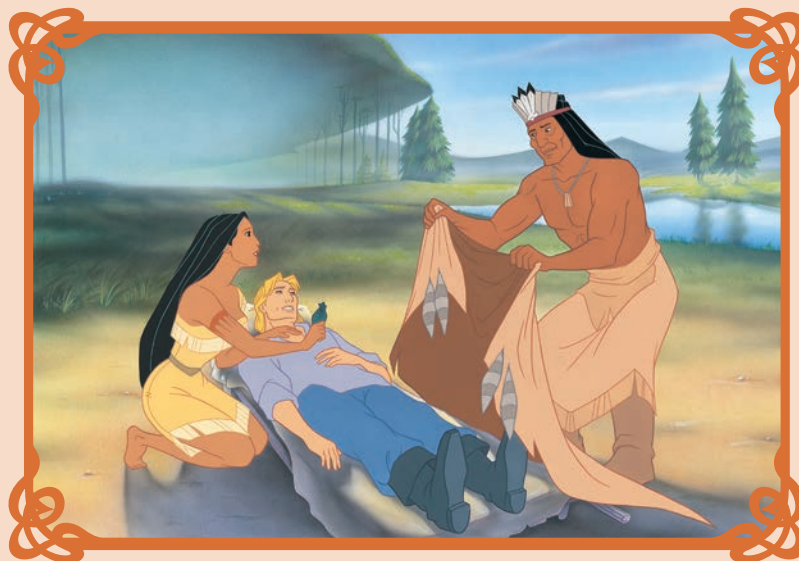
—¡Ahora es nuestra oportunidad!
—gritó Ratcliffe—. ¡Fuego! —Pero los colonos se dieron cuenta de que el gobernador actuaba por codicia y bajaron sus fusiles. Rabioso, Ratcliffe cogió un fusil y disparó.

John Smith interceptó la bala dirigida a Powhatan con su propio cuerpo. Los colonos se abalanzaron sobre Ratcliffe y se lo llevaron al barco.



John Smith yacía sobre una camilla mientras el *Susan Constant* se preparaba para zarpar. Pocahontas, Powhatan y la tribu trajeron mantas y maíz para los colonos.

Pocahontas le entregó a Smith un saquito lleno de corteza de Abuela Sauce: le aliviaría el dolor. Ella sabía que su única esperanza de vida era regresar a su país para que lo curaran. Powhatan cubrió a Smith con su capa.

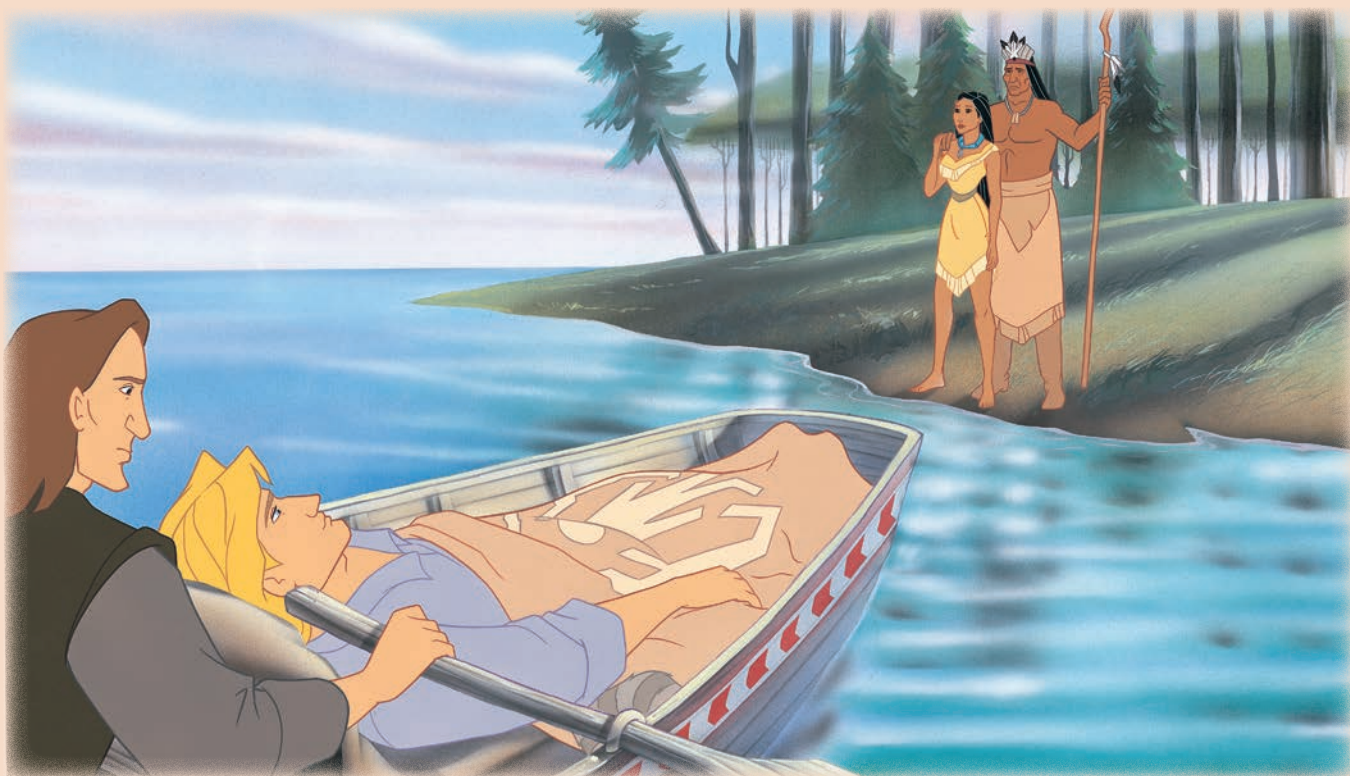


—Siempre serás bienvenido entre los nuestros —le dijo con voz amable.

Meeke, Flit y Percy llevaron a Pocahontas el collar de su madre, reparado, y ella lo colocó en el cuello de Smith. Este la miró y le propuso que se fuera con él.

Pocahontas se giró hacia su padre.

—Debes elegir tu propio camino —dijo él.





Historias encantadoras

Pocahontas vio a su gente compartir cestas de comida con los hambrientos colonos, la primera señal de una paz que ella había ayudado a conseguir. Sabía cuál era su camino. Aquí la necesitaban para ayudar a forjar el frágil vínculo entre su gente y los colonos que se quedarían durante el frío invierno que se avecinaba.

Sus lágrimas le dieron a Smith su respuesta. Pocahontas se inclinó sobre él e intercambiaron un último y tierno beso.

Pocahontas observó como colocaban a Smith en un bote y remaban hasta el barco. Cuando lo subieron a cubierta, las velas del *Susan Constant* se desplegaron al son de la brisa. Pocahontas corrió hacia el bosque.

Desde su risco favorito observó zarpar el barco. Cuando se despedía con un gesto, sintió el viento arremolinarse a su alrededor, el mismo viento que se llevaba lejos a John Smith, el mismo viento que los abrazaba a ambos.



La historia de Rapunzel

A pesar de vivir encerrada en una torre, Rapunzel es entusiasta, vehemente y no le teme a nada. La obligación de vivir recluida no ha afectado a su lado creativo, y se expresa mediante una serie de habilidades como la pintura y la música.

Pero es su naturaleza inquisitiva la que por fin la lleva a abandonar la torre y a descubrir quién es en realidad.





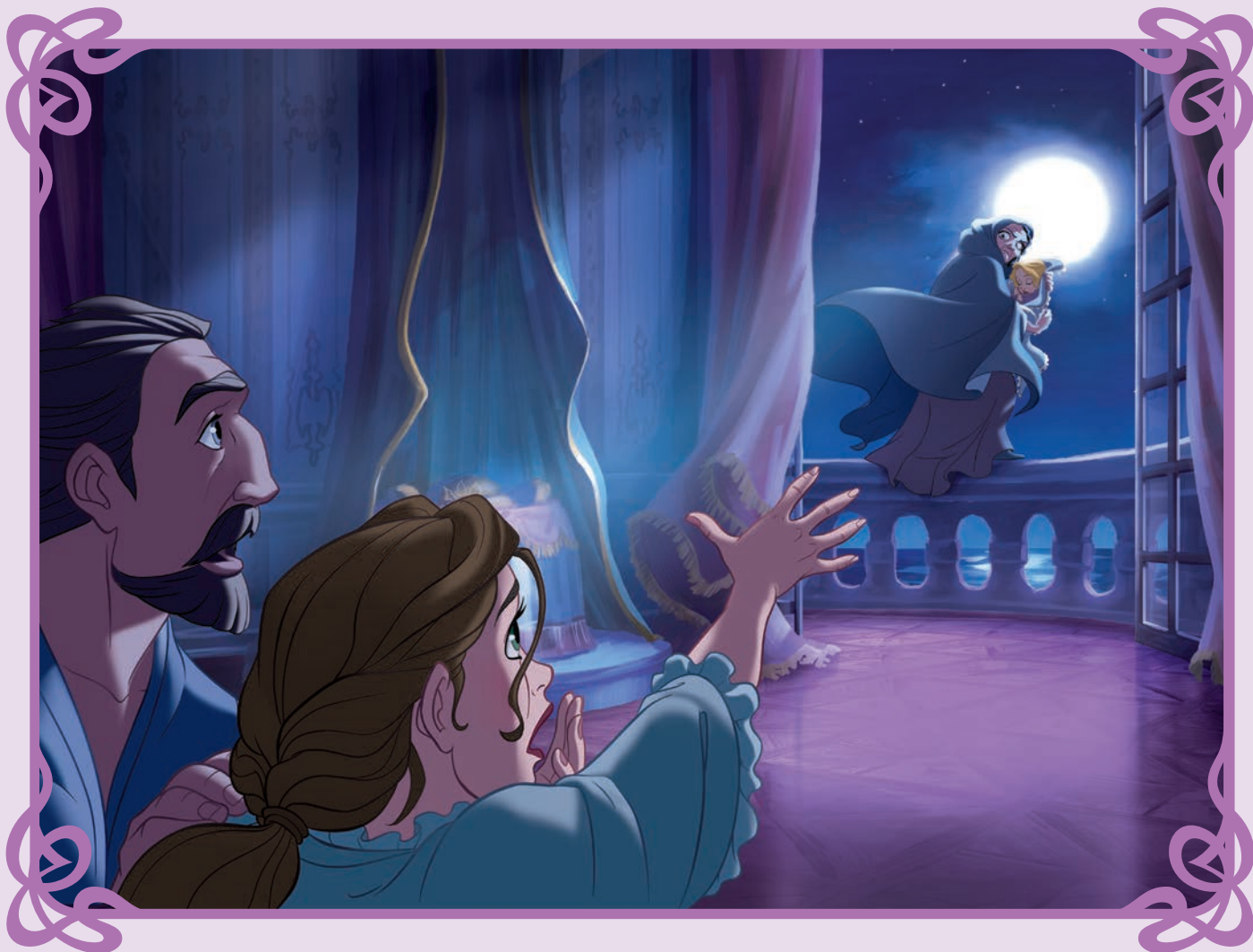
Historias encantadoras

Una vez, en un reino muy lejano, cayó una gota de luz solar que se convirtió en una flor mágica. Una anciana la encontró y descubrió que si le cantaba, los poderes mágicos que ella poseía eran liberados. Madre Gothel, que así se llamaba la mujer, era vanidosa y egoísta y mantuvo la flor en secreto durante siglos, usándola para recuperar y conservar su juventud y su belleza.

Pasaron cientos de años desde el descubrimiento de la flor. La reina del lugar esperaba un hijo, pero enfermó de gravedad y enviaron a los súbditos a buscar la flor mágica, que al parecer se encontraba en algún lugar del reino.

Fueron muchas las personas que participaron en la búsqueda, así que no pasó mucho tiempo antes de que la encontraron. Ante el horror de Madre Gothel, la flor fue arrancada y llevada al castillo.





Prepararon una poción para la reina, que sanó al instante y dio a luz a una niña preciosa. Le pusieron el nombre de Rapunzel. Los orgullosos padres de la niña lanzaron un farolillo luminoso al cielo para celebrar su nacimiento.

Esa noche, desesperada por recuperar su juventud, Madre Gothel entró a hurtadillas en la habitación de la niña. Al descubrir que la magia se encontraba en los cabellos de Rapunzel, cortó un mechón, pero este perdió el color y la magia. Fue entonces cuando la malvada mujer decidió raptar a la princesa y llevársela muy lejos de allí.

El rey y la reina se quedaron desconsolados. Cada año, el día del cumpleaños de Rapunzel, soltaban farolillos al cielo, esperando que su hija los viera y regresara a casa.



Madre Gothel se llevó a Rapunzel a una torre muy alta, escondida en un valle, y la crió haciéndole creer que era su madre.

—El mundo exterior es un lugar peligroso— le decía a menudo, y convenció a la princesa de que permaneciera en la torre para proteger su cabellera.

Por suerte, Rapunzel descubrió muchas cosas para entretenerse, como hacer calceta, puzles,

tocar la guitarra o pintar. No obstante, al acercarse a su dieciocho cumpleaños, creció su inquietud por salir de la torre.

—Quiero viajar y ver las luces flotantes —le dijo un día a su «madre»—. Estas que aparecen cada año el día de mi cumpleaños. Quiero saber qué son.

Madre Gothel le mintió y dijo que eran unas simples estrellas, nada especial. Entonces, se fue en busca de comida para la cena de esa noche.





Mientras, en otra parte del bosque, un ladrón llamado Flynn Rider se daba a la fuga con sus compinches, los hermanos Stabbington. Habían robado la corona real. El país estaba plagado de carteles con sus rostros y la leyenda «SE BUSCA».

De repente, aparecieron los guardias de palacio. Flynn decidió deshacerse de los dos hermanos y quedarse con la corona. El hábil ladrón logró escapar de los guardias que lo perseguían, pero no pudo huir de Máximus, uno de los caballos de palacio.

Máximus persiguió a Flynn hasta el tronco de un árbol que crecía horizontalmente en el borde de un precipicio.

¡CRAC! El tronco no soportó el peso de Flynn y Máximus y se rompió. Los dos cayeron al vacío.





Ambos sobrevivieron a la caída, pero Flynn no lograba sacarse de encima al pertinaz caballo. Tenía que hallar un lugar donde esconderse. No tardó demasiado en descubrir una enorme torre que podría funcionar muy bien como refugio.

Ascendió a toda prisa y se coló por una ventana abierta.

—Por fin solo —dijo, aliviado. De repente se hizo la oscuridad. Rapunzel le había dado en la cabeza con una sartén y había perdido el conocimiento.



Aunque tenía un poco de miedo, Rapunzel no podía evitar sentirse emocionada. Seguro que ahora que había demostrado poder cuidarse de sí misma, Madre Gothel le dejaría explorar el mundo. Pensó sorprender a su «madre» con esta noticia, pero antes arrastró a Flynn y lo escondió en un armario.



Entonces Rapunzel vio algo que brillaba en el interior de la bolsa de Flynn. Se acercó y descubrió la corona. La extrajo y se la colocó en la cabeza. Cuando se miró al espejo, algo de la corona le resultaba muy familiar.

En ese instante, su «madre» gritó:

—¡Rapunzel! ¡Suéltate la cabellera!

Rapunzel corrió a esconder la corona antes de que apareciera su madre. Cuando llegó, Rapunzel le dijo que quería hablarle de algo.

—Espero que no sea otra vez lo de las estrellas —replicó Madre Gothel.

—Algo por el estilo —dijo Rapunzel, avanzando hacia el armario.

—¡Ya basta con eso de las luces, Rapunzel! —gritó Madre Gothel—. ¡No saldrás nunca de esta torre! ¡Jamás!





Rapunzel se horrorizó. Ahora sabía que tenía que alejar a su «madre» de allí si quería ver las luces. Así que como regalo de cumpleaños pidió pinturas, sabiendo que Madre Gothel tendría que ir muy lejos a buscarlas.

—¡Estaré de vuelta en tres días! —le dijo.

Una vez se hubo marchado Madre Gothel, Rapunzel puso

en marcha su plan. Sacó a Flynn del armario y lo ató a un sillón con su cabellera. Cuando despertó, Rapunzel le dijo que solo lo dejaría marchar si la ayudaba.

La joven señaló el cuadro de las luces flotantes que había pintado y dijo:

—Mañana iluminarán el cielo nocturno. Tú serás mi guía, me llevarás a verlas y luego me acompañarás de nuevo a casa. Entonces, yo te devolveré tu bolsa.

A Flynn no le quedó más remedio que aceptar.





Rapunzel ayudó a bajar a Flynn de la torre con su cabellera y después lo hizo ella. Aunque al principio vaciló, la muchacha era feliz de estar fuera de la torre. Pero también se sentía triste por traicionar a su «madre».

—Volvamos —le sugirió Flynn, esperando poder recuperar la bolsa cuanto antes.

—¡No! —respondió Rapunzel con voz firme. —Quiero ver los farolillos luminosos.

En otro lugar del bosque, de camino a comprar las pinturas para Rapunzel, Madre Gothel vio a Máximus sin su jinete. Preocupada por si este encontraba a Rapunzel, corrió hacia la torre, pero estaba vacía. Lo que sí encontró fue la corona y el cartel de «SE BUSCA» de Flynn. Ahora que sabía quién se había llevado su posesión más valiosa, se fue al bosque a buscarlos.





Mientras Madre Gothel buscaba a Rapunzel, se encontró con los hermanos Stabbington y les propuso un trato.

—Será vuestra venganza contra Flynn Rider —dijo. Los dos hermanos esbozaron una sonrisa siniestra y aceptaron ayudar a Madre Gothel en su malévolo plan.

Lejos de allí, Rapunzel envolvía con su cabello la mano herida de Flynn.

—No te asustes —le dijo, antes de cantarle una dulce canción al pelo. Este empezó a relucir y la mano en la que Flynn se había cortado sanó enseguida.



—¿Desde cuándo tu pelo hace estas cosas? —preguntó Flynn.

Rapunzel le contó todo sobre su cabellera mágica y sobre cómo había sido su vida hasta entonces.

—Vaya, nunca has salido de esa torre —dijo Flynn, que empezaba a entender por qué aquella salida era tan importante para Rapunzel.



Mientras Flynn buscaba leña para encender una hoguera, una voz le habló desde las sombras a Rapunzel.

—Pensé que nunca se iría. —Era Madre Gothel—. Ahora nos iremos a casa.

Pero Rapunzel se negó. Le confesó que Flynn le gustaba y que creía que a él también le gustaba ella.

—¿Por qué tendrías que gustarle? —preguntó Madre Gothel, riéndose—. Está aquí por esto —añadió, dándole la corona a Rapunzel—. No dejes que te engañe.

Madre Gothel desafió a Rapunzel a que le devolviera la corona a Flynn y así vería lo rápido que este se marcharía. Dicho esto, volvió a adentrarse en las profundidades del bosque. Cuando Flynn volvió, Rapunzel no le dijo nada sobre la conversación con Madre Gothel.





A la mañana siguiente, Máximus despertó a Flynn. El caballo agarró al ladrón por el pie.

—¡Suéltame! —gritó Flynn. En ese momento apareció Rapunzel.

La muchacha le pidió a Máximus que dejara de perseguir a Flynn. Hoy era su cumpleaños y él la llevaría a ver los farolillos luminosos. El caballo aceptó a regañadientes.

—Eres un sol —le dijo Rapunzel a Máximus.

De pronto, sonó una campana en la distancia. Rapunzel siguió el sonido y pronto alcanzó a ver el castillo que dominaba todo el reino. Era un panorama espectacular. En unos segundos había cruzado el puente y entrado en la ciudad. Mientras exploraba, Rapunzel se encontró con unos niños que se ofrecieron a trenzarle el cabello.





Más tarde, se detuvo, boquiabierta, ante el mosaico de un muro que representaba al rey y a la reina sosteniendo a una niña pequeña en brazos.

—Es la princesa perdida —le explicó un chico. Rapunzel miró detenidamente los ojos verde esmeralda de la niña. Eran iguales que los suyos.

Al cabo de unas horas, Flynn se llevó a Rapunzel a dar un paseo en barca. Pronto los farolillos luminosos empezaron a salir del castillo y a flotar por el aire. A Rapunzel se le hinchó el corazón. La vista era tan hermosa como siempre había imaginado. Volviéndose hacia Flynn, la princesa le pasó la bolsa. Sabía que Madre Gothel se equivocaba y que él no se marcharía una vez recuperara la corona.





Cuando los farolillos se alejaron flotando, Flynn vio a los hermanos Stabbington en la orilla. Sin dar ninguna explicación a Rapunzel, remó a toda prisa hacia tierra. —Tengo que encargarme de algo —dijo tan solo Flynn—. No tardaré.



Flynn se llevó la bolsa y cuando estuvo frente a los hermanos, les entregó la corona. Estaba renunciando a su vida de ladrón para poder estar con Rapunzel. Pero los hermanos sabían lo de la cabellera mágica y querían hacerse con ella. Flynn se enfrentó a ellos, pero lo dejaron inconsciente y lo ataron a un barco que se dirigía al puerto.



Mientras Rapunzel esperaba a Flynn, los hermanos aparecieron de entre las sombras. Le dijeron que Flynn se había ido en un barco, llevándose la corona. Disgustada y temiendo por su vida, Rapunzel huyó, pero antes de que pudiera llegar muy lejos, oyó los sonidos de una escaramuza y después una voz:

¡Rapunzel! —Era Madre Gothel.

Rapunzel volvió corriendo y vio a los dos hermanos a los pies de Madre Gothel. Los había dejado fuera de combate. La princesa corrió hacia su «madre» con lágrimas en los ojos.

—Tenías razón en todo, madre —dijo Rapunzel mientras volvían a casa.

En el barco, Flynn se había despertado, pero los guardias de palacio lo habían descubierto e iban a arrestarlo.





Pero Máximus, que lo había visto todo, rescató a Flynn. Creyendo que Rapunzel estaba en peligro, los dos se dirigieron a la torre.

Ya en casa, Rapunzel examinó una bandera que había encontrado en el castillo. Llevaba el símbolo del reino. Rapunzel se dio cuenta de que toda la vida había estado pintando ese mismo símbolo en las paredes de su aposento.

De repente le pasaron por la mente las imágenes de los farolillos, del mosaico de la princesa perdida y de la corona sobre su cabeza.

—¡Yo soy la princesa perdida! —exclamó Rapunzel a Madre Gothel, enojada.

—Todo lo que hice fue protegerte —replicó la mujer, intentando justificarse.

—¡No volveré a dejar que uses mi cabello! —gritó Rapunzel, empujando a su «madre» contra un espejo, que se rompió. Los trozos se esparcieron por todas partes.





Rapunzel intentó huir, pero Madre Gothel avanzó amenazadoramente hacia ella.

Mientras, Flynn y Máximo habían llegado a la torre.

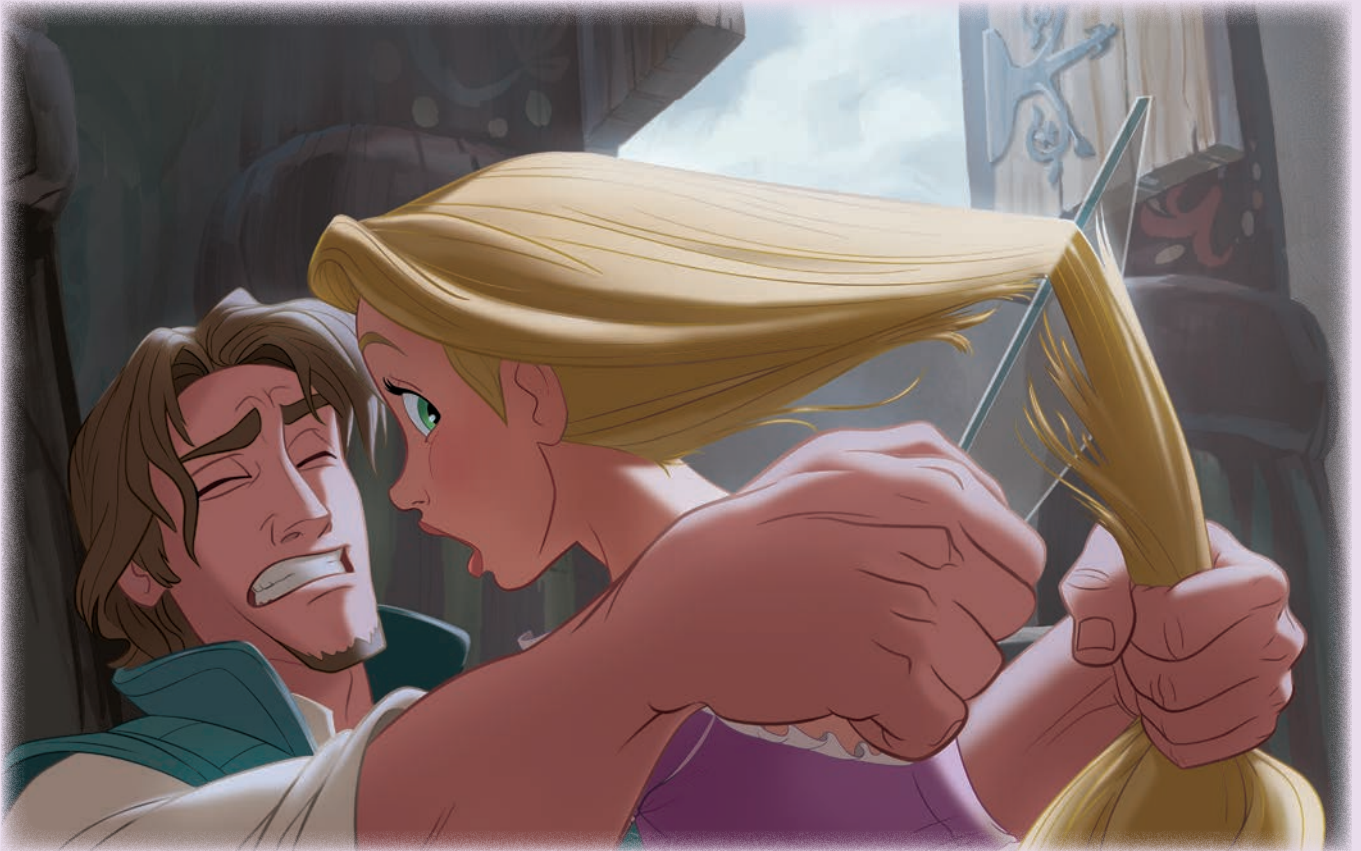
—Rapunzel, suelta tu cabellera —gritó Flynn. No hubo respuesta. Empezaba a preguntarse si estaría allí, cuando la cabellera de Rapunzel se descolgó de la ventana. Flynn escaló la torre y saltó al interior. Vio a Rapunzel atada a una silla, pero Madre Gothel lo apuñaló por la espalda antes de que pudiera hacer nada. Después lo encadenó.

Entonces, llevó a la princesa a rastras hasta una trampilla que daba al exterior, pero Rapunzel se resistió.

—Lucharé por cada minuto de mi vida. ¡Nunca dejaré de intentar alejarme de ti! —exclamó—. Pero si me dejas que lo salve, me quedaré contigo. Lo prometo.

Madre Gothel la miró con desdén, pero aceptó su oferta.





Rapunzel corrió al lado de Flynn con la esperanza de que no fuera demasiado tarde para salvarlo. Mientras él gemía de dolor, ella empezó a envolverlo con su cabellera.

—No puedo dejar que te sacrifiques —dijo Flynn. De repente cogió un trozo del espejo roto y cortó la cabellera de Rapunzel.



De inmediato, el cabello se marchitó. Desposeída de la magia que le daba poder, Madre Gothel empezó a convertirse en polvo, después tropezó y se cayó por la ventana.

Ahora el cabello de Rapunzel ya no era mágico, y ella no tenía manera de salvarle la vida a Flynn. El joven echó la cabeza atrás y Rapunzel supo que había muerto.



Le resbaló una lágrima por la mejilla, que cayó en la de Flynn. Entonces la lágrima empezó a brillar y una luz dorada cubrió la herida de Flynn, sanándola del todo.

Flynn abrió lentamente los ojos.

—¿Rapunzel? ¿Te dije alguna vez que me gusta más el pelo castaño?

¡Estaba vivo!

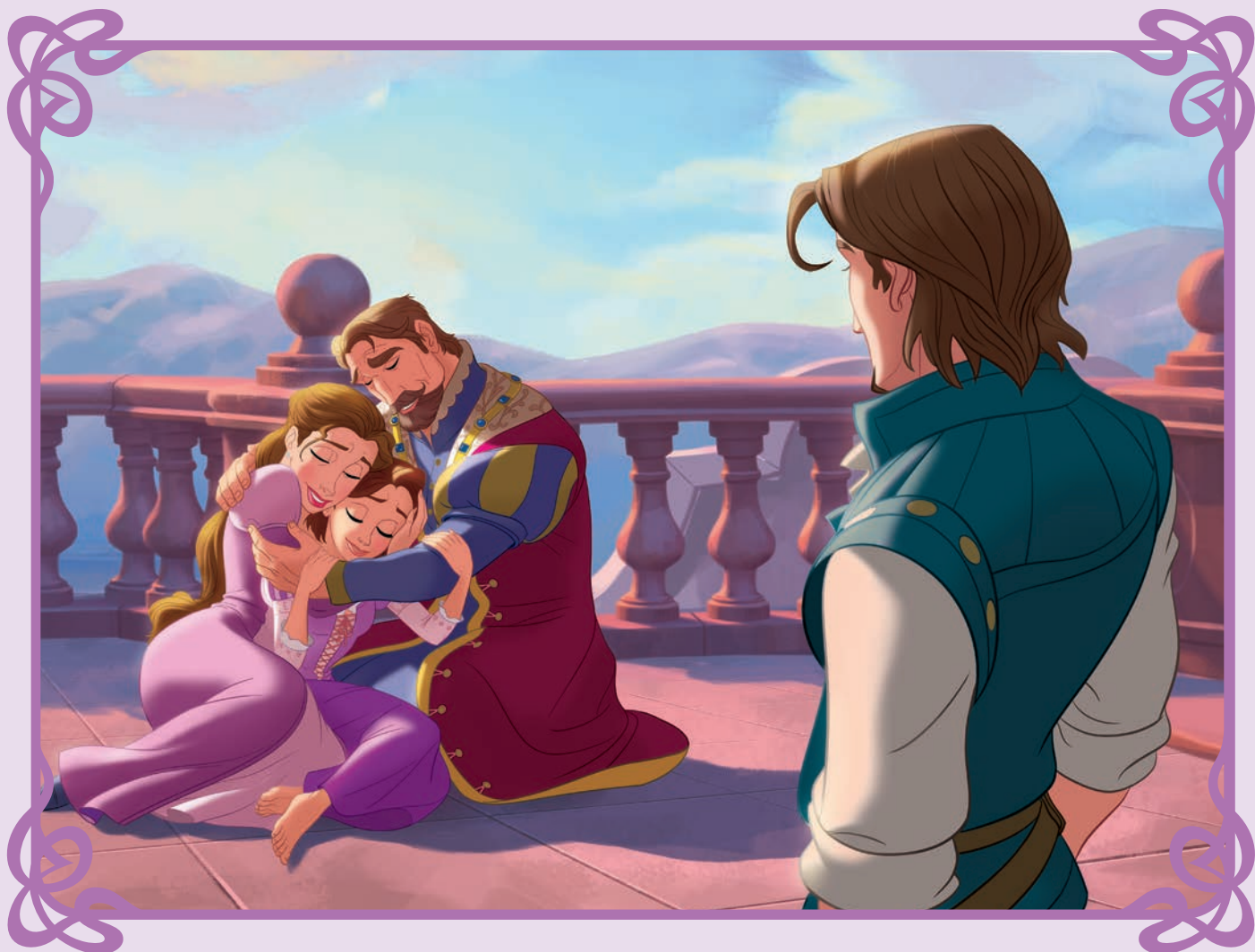
Los dos se abrazaron y se dieron el primer beso.





Máximus galopó más rápido que nunca para conducir a Flynn y a Rapunzel al castillo. Allí la princesa se reunió con sus padres tras dieciocho largos años de separación. Rapunzel se sintió rodeada por el amor de sus padres cuando estos la abrazaron por primera vez desde que nació. Volvían a ser una familia.

Todo el reino se regocijó ante el retorno de la princesa y lo celebraron con una fiesta. Soltaron centenares de farolillos luminosos, que flotaron armoniosamente por el aire, porque su luz había conducido a Rapunzel de vuelta a casa. Flynn y Rapunzel habían encontrado el amor verdadero y vivieron juntos y felices por siempre jamás.



La historia de Ariel

Ariel es apasionada y poco convencional. A menudo se mete en líos por su curiosidad y su carácter aventurero, y además está convencida de que las decisiones que toma son siempre correctas, al menos para ella. En *La Sirenita*, las circunstancias ponen a prueba a la joven princesa, pero Ariel demuestra ser capaz de conseguir todo lo que se propone.





Historias encantadoras

Un día de hace mucho tiempo, en las profundidades del océano, los habitantes marinos se apresuraban hacia el palacio del rey Tritón. Hoy era la presentación musical de Ariel, la más joven de sus siete hijas. Pronto estuvieron todos en el palacio, pero no había ni rastro de la princesa.

En lugar de estar preparándose para su actuación, la princesa andaba muy atareada explorando un barco hundido. Le encantaba coleccionar tesoros del mundo humano y estaba tan entusiasmada que se le olvidó el concierto.

Mientras nadaba algo atrajo su mirada.

—¿Has visto algo tan maravilloso en toda tu vida? —le preguntó a su amigo Flounder.





De repente, ¡un tiburón salió de la nada y los atacó! Ariel y Flounder nadaron tan rápido como pudieron por el barco, esquivando las feroces mandíbulas. Por suerte, el inmenso y enfadado tiburón se atascó en el aro de una vieja ancla y los dos amigos lograron escapar.

Ariel nadó hasta la superficie, donde la gaviota Scuttle, que presumía de saberlo todo sobre el mundo humano, los estaba esperando. Ariel le mostró emocionada lo que había encontrado.

—Esto es muy raro —le dijo la gaviota—. Es un tenedor para el pelo. Los humanos lo usan para alisarse el cabello.

De repente, Ariel se acordó del concierto.

—¡Me tengo que ir! —exclamó, mientras nadaba a toda prisa hacia casa.



Sin que la princesa lo supiera, Úrsula, la malvada bruja del mar que quería apoderarse del reino submarino, la estaba espiando.

—Puede que ella sea la clave para la perdición del rey Tritón —dijo Úrsula, observando a Ariel en su bola de cristal.

Cuando Ariel llegó a casa, le explicó al rey Tritón dónde había estado.

—Uno de esos bárbaros te podría haber visto —le dijo el rey, antes de ordenarle que se mantuviera alejada de los humanos de una vez por todas.

Molesta con su padre, Ariel se fue al escondite secreto donde guardaba su colección de tesoros del mundo humano. Al poco rato ya se sentía mejor.

—Quiero estar donde haya gente —le dijo a Flounder.





A pesar de las órdenes de su padre, Ariel volvió a nadar por la superficie. Allí vio un barco desde el que lanzaban fuegos artificiales. Curiosa, Ariel decidió acercarse. Unos segundos después, Scuttle se unió a ella.

A bordo, la tripulación celebraba el cumpleaños de Éric, un apuesto príncipe.

—Nunca había visto a un humano tan de cerca —dijo Ariel—. Es muy guapo.

Pero pronto estalló una terrible tempestad y un relámpago cayó sobre la cubierta, prendiéndole fuego. Cuando las llamas se apoderaron del barco, la tripulación perdió el control y chocó contra unos escollos. El impacto hizo caer por la borda a Éric, que se hundió en el agua.





Ariel, que había visto caer al príncipe, se zambulló rápidamente bajo las olas y con todas sus fuerzas tiró de él hasta la superficie y lo depositó en una playa.

—¿Está muerto? —preguntó Ariel a Scuttle.

—No encuentro el latido del corazón —contestó la gaviota, con la cara pegada a la planta del pie de Éric.

—No, mira, está respirando —dijo Ariel con alegría. Mientras ella le cantaba una canción, el príncipe Éric abrió los ojos y se quedó mirándola, medio atontado. Entonces el ladrido de un perro asustó a la princesa, que rápidamente se zambulló en el mar, pero Éric no pudo olvidar su hermosa voz.

Sebastián, amigo del rey Tritón, había estado vigilando a Ariel.

—¿Te has fijado en que se comporta de un modo extraño?
—le preguntó el rey.

Nervioso, Sebastián farfulló que estaba enamorada de un humano. ¡El rey Tritón se puso furioso!





El rey regañó a Ariel en su cueva.

—¡Dicté unas normas para que fuesen obedecidas! —gritó.

—Papá, le quiero —confesó Ariel.

—¡Es humano y tú eres una sirena! — El rey Tritón no podía creérselo.

—No me importa —replicó Ariel, que sabía que el amor que sentía por el príncipe era auténtico.



El tridente del rey Tritón relucía cada vez más a medida que su enojo crecía. Estaba dispuesto a mantener a Ariel alejada de los humanos y creía que la única forma de hacerlo era destruyendo todos sus tesoros.

—¡No! —exclamó Ariel— ¡Detente!

Ariel se tendió sobre el lecho marino, llorando. De repente, dos anguilas, Flotsam y Jetsam, se acercaron a ella.

—¿Quiénes sois? —preguntó Ariel, asustada.

—Representamos a alguien que te puede ayudar —dijeron con voz quieta—. Alguien capaz de hacer tus sueños realidad. Imagínate, tú y tu príncipe, juntos para siempre.





Con el corazón anhelante por estar de nuevo con el príncipe Éric, Ariel se fue con ellas a ver a Úrsula.

—La única forma de conseguir lo que deseas es convertirte en humana —dijo la bruja.

—¿Puedes hacerlo? —le preguntó Ariel, curiosa.

—Este es el trato —respondió Úrsula, explicándole que podría

convertirla en humana durante tres días. Si en esos tres días Éric la besaba, Ariel podría seguir siendo humana. La oferta sonaba realmente bien.

—Si no te besa —siguió Úrsula—, entonces me pertenecerás. Además, lo único que te pido como pago es tu voz —añadió Úrsula.

Ariel no estaba convencida, pero por miedo a no volver a ver más al príncipe Éric si no aceptaba, lo hizo a regañadientes. De repente, una niebla verde se llevó la voz de Ariel y Úrsula la encerró en un colgante dorado en forma de concha.





A continuación, Ariel se encontró en la superficie. ¡Tenía piernas, pies, incluso dedos en los pies! No podía créerselo. Se sentía tan feliz... Sebastián, Flounder y Scuttle aceptaron ayudarla a buscar a su príncipe, aunque Sebastián no estaba seguro de que estuvieran haciendo lo correcto.

—Al final resulta que soy un blandengue —refunfuñó.

Mientras, Éric había acudido a la playa todos los días, con la esperanza de encontrar a su salvadora. De pronto, su perro Max empezó a ladrar y condujo a su amo hasta donde se hallaba Ariel. Pero la princesa no podía hablar y, por tanto, decirle a Éric que ella era la persona que había estado buscando.





Éric creyó que Ariel era la superviviente de un naufragio y se la llevó al castillo. A la hora de la cena, Ariel cautivó al príncipe con su comportamiento, sobre todo cuando empezó a peinarse con un tenedor. A Grimsby, el tutor de Éric, también le parecía encantadora.

Al día siguiente, Éric se llevó a Ariel a dar una vuelta por el reino y a pasear en barca por la laguna. Sebastián ayudó a preparar el ambiente con una música romántica, y los jóvenes se fueron acercando más y más el uno al otro. Pero justo cuando el príncipe Éric iba a besarla, Flotsam y Jetsam hicieron volcar la barca.



Úrsula observaba la escena a través de su bola de cristal y su malhumor era evidente:

—A este paso, a la puesta de sol ya la habrá besado.



Por tanto, para asegurarse de que el alma de Ariel fuera suya, la bruja del mar decidió tomar cartas en el asunto. Se transformó en una joven atractiva, que no solo se parecía a Ariel, ¡sino que también tenía su voz!

Esa noche, cuando Éric contemplaba el mar, Úrsula se puso a cantar, como había hecho Ariel ese día en la playa. El sonido de su voz hechizó al príncipe, que se enamoró perdidamente de ella.

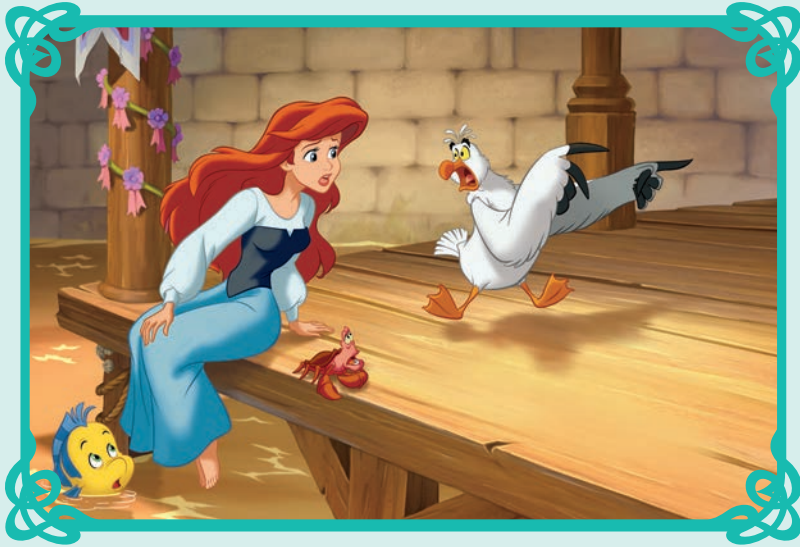


A la mañana siguiente, Ariel se horrorizó al descubrir que el príncipe Éric iba a casarse esa misma noche. Estaba destrozada.

—El barco nupcial saldrá a la puesta de sol —dijo Éric, hechizado por Úrsula.

Mientras Scuttle volaba al lado de la embarcación, miró por el ojo de buey y vio a la novia contemplándose en un espejo. Se quedó helada al ver que el reflejo era el de Úrsula.





Voló más rápida que nunca para contárselo a Ariel.

—¡El príncipe va a casarse con la bruja del mar, que va disfrazada! —declaró.

—¿Qué podemos hacer?

—preguntó Flounder, consciente de que a Ariel se le acababa el tiempo.

La princesa y sus amigos fueron tras el príncipe y Úrsula. Scuttle,

en un intento por detener la boda y darle tiempo a Ariel a llegar al barco, reunió a un ejército de animales, mientras que Sebastián se fue a buscar al rey Tritón.

Justo cuando la pareja iba a pronunciar sus votos, los animales atacaron a Úrsula. Durante la lucha, el colgante dorado en forma de concha se rompió, liberando la voz de Ariel y a Éric del hechizo de Úrsula.

—¡Éric! —exclamó Ariel, en voz muy alta.

—¿Puedes hablar? —preguntó Éric, que por fin se dio cuenta de que era Ariel quien le había salvado la vida—. Eras tú, todo este tiempo.





La pareja estaba a punto de besarse cuando el sol se puso y finalizó el tercer día.

—¡Has llegado tarde! —se burló Úrsula, volviendo a su horrible forma original. Ariel se había transformado de nuevo en sirena y su alma pertenecía a la bruja del mar.

—Hasta luego —le dijo Úrsula al príncipe mientras arrastraba a Ariel hasta el mar.

Entonces apareció el rey Tritón. Intentó revocar el contrato, pero fracasó.

Sin embargo, Úrsula dijo que liberaría a la princesa si el rey ocupaba su lugar.

Tritón aceptó enseguida.

—Por fin es mío —se rió Úrsula, que se puso la corona en la cabeza y usó el tridente para hacerse tan grande que se elevó por encima de la superficie del mar. Cuando Éric saltó al agua para intentar rescatar a Ariel, la bruja del mar los miró fijamente.

—¡Necios miserables e insignificantes! —exclamó, creando unas enormes olas que separaron a Éric de Ariel.





Historias encantadoras

Las olas eran tan violentas que arrastraron un antiguo barco naufragado hasta la superficie. Éric subió a bordo. Luchando contra el fuerte viento, el príncipe consiguió dirigir la nave hacia Úrsula y atravesar el corazón de la bruja con la proa rota del barco.

Cuando todo volvió a la normalidad, el rey Tritón comprobó cuánto amaba su hija al príncipe Éric. Aunque sabía que la echaría mucho de menos, el rey decidió convertir su cola de nuevo en piernas, para que pudiera vivir en tierra con su príncipe.

Pronto llegó el día de la boda de Ariel y el príncipe Éric. Fue una ceremonia muy especial y llena de alegría, a la que acudieron no solo humanos, sino también las gentes del mar. Cuando por fin la pareja se besó, todos los vitorearon. Juntos, en tierra, vivirían felices por siempre jamás.



La historia de Bella

En *La Bella y la Bestia*, Bella lleva una vida anodina que le provoca curiosidad por saber más cosas sobre el mundo. En este relato clásico, cuando otros juzgan basándose en las apariencias, Bella posee el suficiente coraje para tomar sus propias decisiones, y gracias a ello rescata a su padre y es capaz de reconocer la verdadera naturaleza de la Bestia.





Historias encantadoras

Hace mucho tiempo, una anciana mendiga llegó a un castillo donde vivía un apuesto príncipe. La mujer le ofreció una rosa a cambio de darle cobijo durante la tormenta. El príncipe era egoísta y desagradable y no dejó entrar a la anciana. Ella lo advirtió de que no debería juzgar a nadie por su aspecto, porque la belleza se encuentra en el interior. El príncipe se rió de ella.

De repente la anciana se transformó en una hermosa hechicera. Como castigo al egoísmo del príncipe, lo convirtió en una bestia y maldijo el castillo y a todos sus habitantes. Solo existía una forma de romper el hechizo y acabar con la maldición. El príncipe tenía que enamorarse de alguien que también lo amara de verdad. Si esto no ocurría antes de que el último pétalo de la rosa se desprendiera, seguiría siendo una bestia para siempre.





Pasaron los años y el príncipe y su castillo cayeron en el olvido y la vida del reino prosiguió con normalidad. Aunque «normal» no es una palabra que las gentes del pueblo usaran para describir a una muchacha llamada Bella.

Le encantaban los libros y siempre andaba leyendo. Aunque la consideraban diferente al resto de las chicas, eso no impedía que Gastón, el guaperas del pueblo, quisiera convertirla en su esposa.

Pero, ante la sorpresa de Gastón, Bella no quería casarse con él. Lo encontraba aburrido y grosero. Tampoco le gustaba la actitud que demostraba hacia el amor que ella sentía por los libros.

—No está bien que una mujer lea —dijo—. Pronto empieza a tener ideas... y a pensar.



Historias encantadoras



Bella ignoró a Gastón y se fue a casa. Allí la esperaba Maurice, su padre, que se preparaba para acudir a una feria de inventos con su nuevo ingenio.

—Mañana ganarás el primer premio —le dijo Bella, animándolo— y te convertirás en un inventor famoso en el mundo entero.

Maurice montó en su caballo Philippe y se puso en marcha. —Adiós, Bella —se despidió.

A pesar de su habilidad para los inventos, Maurice carecía de sentido común y al poco rato ya se había extraviado en el bosque. Separado de su montura, unos lobos lo persiguieron. Corrió sin rumbo en plena oscuridad hasta que llegó frente a una imponente verja de hierro. Por suerte pudo colarse por ella antes de que los fieros lobos se abalanzaran sobre él.





Tras la verja se perfilaba un inmenso y lúgubre castillo. Hacía mucho frío y Maurice decidió entrar. Mientras exploraba la entrada principal, el anciano oyó voces que susurraban en la oscuridad. De repente vio que procedían de Lumière, un candelabro, y de Din-Don, un reloj. Los dos sirvientes embrujados condujeron con amabilidad a Maurice junto a la lumbre, para que entrara en calor.

Entonces se oyó una voz atronadora a sus espaldas. Era la Bestia.

—¿Quién es este extraño? —gruñó. Los sirvientes intentaron explicárselo, pero la Bestia se enfrentó a Maurice—. ¡No eres bienvenido! —bramó.

—Lo siento —dijo Maurice, incapaz de desviar la mirada de esa horrible criatura que se cernía sobre él.

—Así que has venido a echarme una buena ojeada, ¿no? —preguntó la Bestia, cada vez más furioso.

—No pretendía hacer nada malo —tartamudeó Maurice—. Necesito un lugar donde cobijarme.

—Yo te daré un lugar donde cobijarte —replicó la Bestia, que sacó al anciano a rastras de la sala y lo encerró en la torre.





Al día siguiente, en el pueblo, Gastón decidió ir a casa de Bella y sorprenderla con sus planes de boda.

—Hoy es el día en que tus sueños se harán realidad —le dijo—. Di que te casarás conmigo.

—Lo siento mucho, Gastón, pero no te merezco —dijo ella sarcásticamente, antes de hacerlo marchar.

Gastón estaba furioso por la negativa de Bella y se juró que la haría su esposa.



De repente apareció Philippe, que galopaba hacia Bella.

—¿Philippe? ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está papá?

Preocupada por su padre, Bella montó a lomos del caballo, que la condujo al enorme castillo de la Bestia. La joven entró y encontró a su padre en la torre, prisionero.

—¡Papá! —exclamó—. ¡Tengo que sacarte de aquí!



—Bella, ¡vete! —dijo Maurice, nervioso. Sabía que la Bestia podía aparecer en cualquier momento. Pero era demasiado tarde.

—¿Qué estás haciendo aquí?
—gruñó la Bestia.

Sobresaltada, Bella se giró y lo vio.

—He venido a buscar a mi padre —contestó, sin temor—. Por favor, déjalo marchar.

—Es mi prisionero —dijo la Bestia.

—Entonces tómame a mí —le suplicó Bella. La Bestia aceptó su oferta con una condición: tenía que prometer que se quedaría para siempre. Ella accedió.

Una vez libre, Maurice volvió corriendo al pueblo. Allí pidió ayuda para rescatar a su hija de la Bestia, pero todos se rieron de él.

—El chiflado de Maurice —dijo un hombre. Por orden de Gastón, expulsaron a Maurice de la posada. Gastón empezó a pensar en cómo el giro que habían dado las cosas podría convencer a Bella para que finalmente se casara con él.





En el castillo, Bella conoció a Din-Don, la señora Potts, su hijo Chip y algunos de los demás sirvientes embrujados que allí vivían.

—Eso que has hecho ha sido muy valiente —dijo la señora Potts, que sabía que Bella había decidido quedarse para salvar a su padre.

—Pero lo he perdido todo —respondió Bella con tristeza.

Esa misma noche, tras rechazar la oferta de la Bestia de cenar con él, Bella sintió hambre y se fue a la cocina en busca de algo de comer. Allí los sirvientes la sorprendieron con un festín mágico, bailes y canciones. Estaban encantados de tener un invitado después de tantos años.





Después de comer, Bella decidió explorar el castillo. La Bestia le había dicho que no entrara en el ala oeste, pero eso no hizo más que aumentar su curiosidad por ver qué había allí. Caminó de puntillas por los salones prohibidos, que guardaban muebles viejos, espejos rotos y otros trastos, así como un retrato rasgado.

En el fondo de una de las salas, refulgía una hermosa rosa encerrada bajo una campana de cristal. Bella vio que varios de los pétalos se habían caído.

Bella se acercó despacio a la flor, pero de repente la Bestia entró como una tromba en la estancia y la cogió.

—¡Te advertí que no debías venir aquí! —rugió—. ¡No tienes idea de lo que podrías haber provocado!





Bella, asustada, huyó de la Bestia.

—Promesa o no promesa, ¡no puedo quedarme aquí un minuto más! —exclamó.

Abandonó a toda prisa el castillo, con lágrimas en los ojos. Montando sobre Philippe, que se había quedado cerca del castillo, Bella cabalgó hacia el pueblo.

Pero, de repente se encontró rodeada por una manada de lobos hambrientos.

Aquellos feroces animales la atacaron y la hicieron caer del caballo. Entonces llegó la Bestia y ahuyentó a los lobos, pero no antes de que estos le hirieran.

Exhausto, cayó sobre la nieve. Bella no podía abandonarlo, así que llevó a la Bestia de vuelta al castillo.





Mientras Bella le curaba las heridas, la Bestia se estremeció de dolor.

—Si no hubieras huido, esto no habría pasado —le espetó.

—Si tú no me hubieras asustado, no habría huido —replicó Bella—. Gracias por salvarme la vida.

—De nada —dijo la Bestia, con amabilidad.



En el pueblo, Gastón hablaba con un tal *monsieur* D'Arque sobre el padre de Bella y algo relacionado con el manicomio.

—Estoy deseoso de casarme con Bella —dijo Gastón, ofreciéndole una bolsa de monedas de oro al viejo de pelo canoso—. Pero hay que «convencerla».

—¿Así que quieres que meta a su padre en el manicomio si no accede a casarse contigo? —preguntó *monsieur* D'arque—. Esto es una vileza —añadió, con una carcajada siniestra—. ¡Me encanta!





Mientras, la vida en el castillo ya no le parecía tan horrible a Bella. La Bestia se volvió más amable y más bondadoso, y todos lo notaban. Incluso los pájaros ya no le tenían miedo y solían comer de sus garras. Los sirvientes también estaban contentos.

—Hay algo que antes no estaba
—se decían al ver las miradas que se cruzaban la Bestia y Bella.

Esa noche, la Bestia dispuso una cena elegante para los dos. Se puso su mejor traje y Bella se vistió con un elegante vestido dorado.

Lumière le dijo a la Bestia que tuviera valor. Sabía que esa noche podría ser cuando su amo y Bella se confesaran su amor y que por fin se rompiera el hechizo.





Después de cenar, Bella y la Bestia se fueron al salón de baile. Ambos se sentían un poco tímidos al principio, porque no sabían cómo se sentía el otro, pero pronto se pusieron a bailar, deslizándose con gran estilo por la estancia. Hacía tiempo que Bella no se sentía tan feliz, aunque echaba de menos a su padre.

—Ojalá pudiera verlo de nuevo —dijo.

La Bestia pensó unos momentos y se le ocurrió una idea.

—Existe una forma —le propuso.

Se llevó a Bella al ala oeste y le entregó un espejo encantado.

—Esto te mostrará todo lo que quieras ver —le explicó.

—Me gustaría ver a mi padre, por favor —le dijo Bella al espejo, que de repente refulgió con una luz verde. En él vio a Maurice caminando con esfuerzo por la nieve. Bella sabía que su padre necesitaba ayuda.





A pesar de que a la rosa solo le quedaba un pétalo, la Bestia, generosamente, dejó que Bella se fuera con su padre.

—Gracias por entenderlo —dijo Bella, que se dio la vuelta y se alejó del castillo.

Al poco rato Bella encontró a su padre en el bosque y lo condujo de vuelta al pueblo. Entonces apareció Gastón con una pandilla del manicomio, que se llevaron a Maurice a rastras. Gastón le dijo a Bella que podía ayudarla a liberar a su padre si se casaba con él. Bella se negó.



Desesperada por salvar a su padre, usó el espejo encantado para mostrarles a todos que la Bestia era real. Enfadado y celoso de que Bella prefiriera a la Bestia antes que a él, Gastón convenció a la gente del pueblo de que el monstruo se llevaría a sus hijos. Se puso a la cabeza y todos le siguieron hacia el castillo, gritando:

—¡Matad a la Bestia!



Los aldeanos echaron abajo las puertas del castillo y entraron en tropel en el edificio. Pero los objetos encantados pasaron a la acción en defensa de su hogar. El perchero se lió a puñetazos, el armario dio unos portazos ¡y un cubo se abalanzó sobre la cabeza de un aldeano!



En el balcón de la parte alta del castillo, Gastón había encontrado a la Bestia y se habían enzarzado en una pelea. Bella corrió para intervenir, pero cuando la Bestia tendió los brazos hacia ella, Gastón lo apuñaló por la espalda. Al hacerlo, Gastón perdió el equilibrio y se cayó al abismo. La Bestia, herido de gravedad, cayó sobre el suelo mojado.

—¿Has vuelto? —dijo con voz debilitada.

—Pues claro que he vuelto —respondió Bella.

—Al menos te he podido ver una vez más —dijo la Bestia, antes de cerrar los ojos y quedarse inmóvil.

—Por favor, no me dejes —dijo Bella, llorando—. ¡Te amo!





Historias encantadoras

De repente, unos rayos de luz atravesaron el cielo tormentoso. La Bestia empezó a resplandecer y ascendió suavemente por el aire. Bella lo contempló, atónita, mientras él se daba la vuelta lentamente y se transformaba en el apuesto príncipe que era, tantos años atrás.

—Bella —dijo él con voz dulce—. Soy yo.

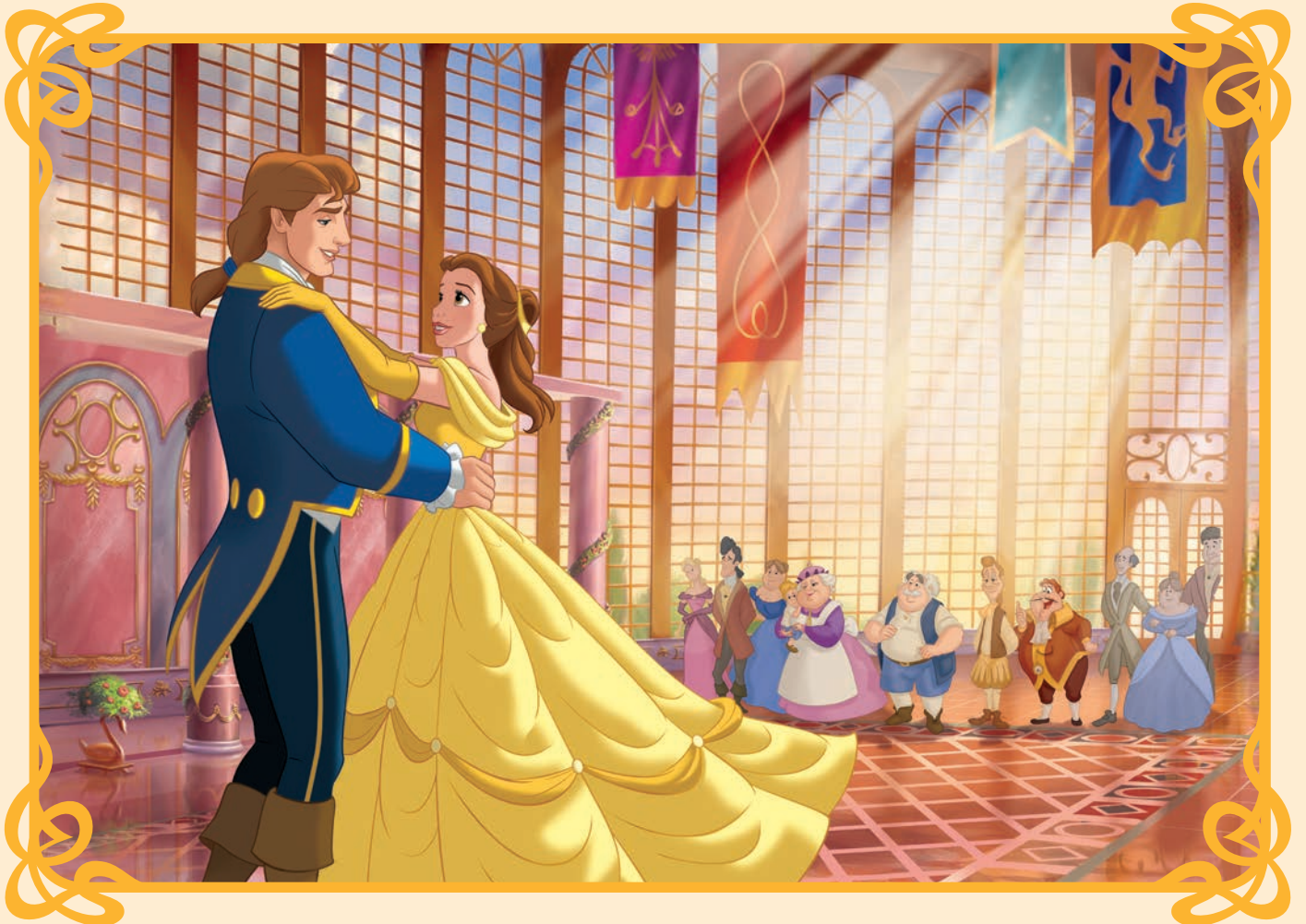
Bella se acercó. Le empezó a acariciar el pelo, como solía hacer cuando era una bestia. Mirándole a los ojos, dijo:

—¡Eres tú!

¡Por fin se había roto el hechizo de la bruja! El castillo recuperó su aspecto anterior y todos los sirvientes volvieron a ser humanos. Todos los contemplaban, felices, mientras el príncipe y Bella bailaban.

—¿Van a vivir felices para siempre jamás? —preguntó Chip.

—Por supuesto —respondió la señora Potts, con una enorme sonrisa. Y así fue.



La historia de Cenicienta

Cenicienta sufre el maltrato diario de su madrastra y hermanastras, pero, a pesar de ello, su carácter decidido le permite resistir y no resignarse. En esta historia vemos cómo el esfuerzo y el coraje son recompensados. Cenicienta supera todos los obstáculos y es capaz de ir al baile y liberarse de las limitaciones que le habían impuesto.





Historias encantadoras

Había una vez una hermosa niña llamada Cenicienta que vivía con su padre, en un país lejano. Él quería que Cenicienta creciera con una familia, así que se volvió a casar y le dio a su hija una madrastra y dos hermanastras.

Años después, cuando su padre murió de repente, Cenicienta, con el corazón destrozado, buscó consuelo en su madrastra, Lady Tremaine. Fue entonces cuando descubrió que era una mujer fría, cruel y terriblemente envidiosa del encanto y la belleza de su hijastra.

Cenicienta pronto se convirtió en una sirvienta en su propia casa. Solo contaba con la compañía de los ratoncitos y los pájaros. Aun así, y por más tiempo que pasara, ella nunca dejó de creer que algún día sus sueños de felicidad se harían realidad.





Un día, como hacía siempre, Lady Tremaine llamó a Cenicienta a su habitación y le entregó una larga lista de tareas. No importaba cuántas cosas tuviera que hacer, Cenicienta siempre mantenía una sonrisa en los labios y una canción en el corazón.

Más tarde, esa misma mañana, cuando limpiaba la planta baja de la casa, llamaron a la puerta. Cenicienta fue a abrirla y, sorprendida, vio que se trataba de un mensajero de palacio. Con un ademán extravagante, el hombre le entregó a Cenicienta una invitación para el baile que tendría lugar esa misma noche.



En cuanto Cenicienta cerró la puerta, Lady Tremaine le arrancó la invitación de la mano y la leyó en voz alta:

—«Por orden real, todas las doncellas deben asistir». —Sus hijas gritaron de emoción. ¡El príncipe estaba buscando esposa!

—¡Eso significa que yo también puedo ir! —exclamó Cenicienta.

Anastasia y Drizella, las dos hermanastras, se rieron de Cenicienta. Sin embargo, ante su sorpresa, Lady Tremaine dijo que podría ir al baile, pero solo si terminaba sus tareas a tiempo y si encontraba algo aceptable para ponerse.

El corazón de Cenicienta latió de entusiasmo. Casi había finalizado sus tareas y, con un retoque aquí y otro allá, tendría un vestido apropiado para la ocasión.





Pero, antes de que pudiera ponerse a coser el traje, Lady Tremaine y sus hijas le encomendaron nuevas tareas. Debía terminarlas antes de poder ir al baile. A Cenicienta se le cayó el alma a los pies; era evidente que no le quedaría tiempo para arreglar el vestido. Poco se imaginaba que sus amigos animales se habían puesto con ello hacía un buen rato para que la indumentaria estuviera lista para el baile.

Cuando por fin hubo finalizado todas las tareas, Cenicienta suspiró y se dirigió a su habitación. Su familia había hecho lo posible para que no tuviera tiempo de prepararse para el baile. Entonces, al entrar en su alcoba, Cenicienta vio el vestido que sus amigos habían arreglado para ella.

—¡Sorpresa! —exclamaron con alegría los animalitos.





Cenicienta estaba exultante. Cuando sostuvo el vestido contra su cuerpo apenas podía creerse que aquello era real.

—¡Oh, muchísimas gracias! —soltó, feliz. Se vistió y bajó a reunirse con su familia, que pronto saldría para el baile.



Pero cuando sus hermanas vieron a Cenicienta, montaron en cólera de lo celosas que estaban. Le rasgaron el vestido y le arrancaron las cuentas que llevaba al cuello.

Cuando su familia se fue al baile sin ella, Cenicienta, con lágrimas en los ojos, salió al jardín. Sus sueños de felicidad ya no eran más que un recuerdo distante.



De repente, apareció una ancianita. ¡Era el Hada Madrina de Cenicienta! El hada le contó que estaba allí porque Cenicienta, a pesar de todo, nunca había dejado de creer en sus sueños de felicidad.

—Ya no creo en ellos. Ya no. —dijo Cenicienta, abatida.

—Oh, claro que sí —replicó el Hada Madrina.



Entonces, con un toque de su varita mágica, el hada convirtió una calabaza en una elegante y reluciente carroza, los ratoncitos en caballos, el caballo en cochero, y el perro en lacayo. Luego, con otro toque de varita, el vestido de color rosa de Cenicienta, que estaba destrozado, se convirtió en un precioso vestido azul.

—¡Y fíjate en estos zapatos de cristal! —exclamó Cenicienta, que no podía creer lo que le estaba sucediendo.





Historias encantadoras



—Me temo que esto no durará para siempre —dijo el Hada Madrina—. Cuando suenen las campanadas de medianoche, el hechizo se romperá.

Cenicienta montó en la carroza y se dirigió al baile real. Solo disponía de unas horas antes de tener que regresar, pero asistir a algo tan maravilloso era un sueño hecho realidad.

Mientras, en el baile, la presentación de jóvenes casaderas ante el príncipe no cesaba. Pero el joven no demostraba interés por ninguna de ellas. Esto hizo enojar a su padre, el rey, que pidió ayuda al gran duque. Debería hacer todo lo posible para que el príncipe encontrara esposa.





Cuando les tocó el turno a Anastasia y Drizella, las jóvenes hicieron una gran reverencia delante del príncipe, pero este apenas les hizo caso. Su atención se dirigió hacia otra persona.

Esa persona era Cenicienta, que acababa de llegar y paseaba por el gran salón alegremente, como si se encontrara en uno de sus sueños.

Sin pensárselo ni un segundo, el príncipe fue a presentarse a Cenicienta, ignorando la presencia de las dos hermanastras. Era la joven más hermosa que jamás había visto y la invitó a bailar. Cenicienta aceptó.





El príncipe y Cenicienta bailaron a la luz de la luna, sin dejar de mirarse a los ojos. Fue amor a primera vista. Durante la velada hablaron y rieron, y Cenicienta perdió la noción del tiempo. De repente se oyó una campanada.

—¡Es medianoche! —exclamó. Sin más, dejó al príncipe y salió corriendo.



El gran duque, que lo había visto todo, le gritó:

—¡Eh! ¿Adónde vas? ¡Espera, muchacha! —Cenicienta no se detuvo pero, al bajar la escalinata del palacio, se le cayó uno de los zapatos de cristal. Ella corrió hacia la carroza que la esperaba. Unos segundos más tarde, las campanadas anunciaron la medianoche.



Cenicienta llegó a casa justo a tiempo. Aunque todo había vuelto a la normalidad, tal como había dicho el Hada Madrina, conservaba un zapato de cristal, así como los recuerdos de una velada maravillosa que atesoraría para siempre.

A la mañana siguiente, Lady Tremaine les dijo a sus hijas que el gran duque andaba buscando a la joven que había perdido el zapato de cristal. Añadió que el príncipe se casaría con la muchacha a quien le ajustara el zapato perdido.

Cenicienta oyó las palabras de la madrastra y salió corriendo de su habitación. El príncipe estaba enamorado de ella y Cenicienta demostraría que ella era la joven que buscaban, pero ya era demasiado tarde.





Lady Tremaine sospechaba que Cenicienta era realmente la joven que buscaba el príncipe, así que la encerró con llave en su habitación. Cenicienta gritó para que abriera la puerta, pero Lady Tremaine la ignoró. Satisfecha de sus artimañas, la madrastra se alejó convencida de que Cenicienta nunca se casaría con el príncipe.

Al poco rato llamaron a la puerta. Era el gran duque, que venía a ver si el zapato perdido se ajustaba al pie de una de sus hijas. Lady Tremaine se mostraba tranquila: Cenicienta estaba encerrada y nunca se descubriría su presencia en aquella casa. La mujer invitó al gran duque a entrar.





A escondidas de Lady Tremaine, los ratoncitos consiguieron robar la llave de la habitación de Cenicienta de su bolsillo. Quedaba poco tiempo y los ratoncitos corrieron a liberar a Cenicienta.

Mientras los amiguitos de Cenicienta intentaban ayudarla, el emisario se esforzaba por ajustar el zapato en el pie de Anastasia o de Drizella. A continuación, el gran duque, creyendo que nadie más vivía en la casa, se dispuso a marcharse. Pero, de pronto, oyó un grito desde las escaleras.

—¡Excelencia, por favor, espere! —Era Cenicienta. Sus amigos habían conseguido liberarla justo a tiempo, ante la sorpresa y la ira de su familia.





Historias encantadoras

Lady Tremaine intentó explicar desesperadamente que Cenicienta no podía ser la joven que buscaban, pero el gran duque insistió en que se probara el zapato. Antes de que pudiera hacerlo, Lady Tremaine le puso la zancadilla y el zapato de cristal cayó al suelo y se hizo añicos. Pero no todo estaba perdido.

—Tengo el otro zapato —dijo Cenicienta. ¡Y encajaba a la perfección!

Pronto se organizó la boda real y Cenicienta y el príncipe se casaron. No solo el rey y el gran duque se mostraron encantados, sino también los fieles y peluditos amigos de Cenicienta. Los sueños de la joven por fin se habían cumplido, y ella y el príncipe vivieron felices por siempre jamás.



La historia de Tiana

En *Tiana y el sapo* conocemos a Tiana, una joven con grandes sueños y ambiciones. Segura de sí misma, Tiana sabe muy bien lo que quiere. Aun cuando los acontecimientos toman un camino inesperado, Tiana se enfrenta a las adversidades. Su talento y tenacidad hacen que triunfe en sus empeños, cuando otros esperaban que fracasara.





Historias encantadoras

Una tarde, Tiana y su amiga Charlotte LaBouff escuchaban a Eudora, la madre de Tiana, que les leía un cuento sobre una rana que aguardaba el beso de una princesa para convertirse en un príncipe humano. A Charlotte no le importaría darle un beso a una rana si de ese modo ella podía ser también princesa. Pero no Tiana... ella nunca besaría a una rana.

De vuelta a su casa, Tiana y su padre, James, comentaban su sueño de abrir su propio restaurante. Tiana quería formular el deseo bajo el lucero vespertino, para que su sueño se cumpliera. James la animó a hacerlo, pero también le recordó que tenía que trabajar duro, y que nunca debía olvidarse de lo importante que eran la familia y los amigos.





Pasaron los años y Tiana se convirtió en una hermosa joven. Su padre había fallecido, pero Tiana seguía decidida a abrir su restaurante. Trabajaba de camarera, de día y de noche, y ahorraba hasta el último céntimo. Sabía que su esfuerzo se vería recompensado un día y que su sueño se haría realidad.

No muy lejos de allí, un despreocupado príncipe había llegado a la ciudad para la celebración del Mardi Gras. Charlotte, la amiga de Tiana, estaba ilusionada por conocer al príncipe Naveen durante el baile de máscaras que su padre celebraba esa noche.

—Voy a necesitar muchas docenas de tus deliciosos *beignets* —le dijo a Tiana, que no podía sentirse más feliz cuando Charlotte le abonó el pedido. Aquel dinero sería suficiente para poder abrir su propio restaurante.



Historias encantadoras



Esa misma tarde, Tiana hizo una oferta por la vieja fábrica de azúcar que ella y su padre habían elegido mucho tiempo atrás.

—Será el lugar con el que papá y yo siempre soñamos.

Tiana le contó a su madre cómo se imaginaba que sería el elegante restaurante una vez renovado el local.

—Puede que tu padre no consiguiera lo que siempre soñó —dijo Eudora con dulzura—, pero tuvo algo mejor. Tuvo amor. Y eso es todo lo que quiero para ti, cariño.

Tiana se rió. En estos momentos en lo último que pensaba era en el amor.

Mientras, en la ciudad, una siniestra figura se acercó al príncipe Naveen y a su criado Lawrence. El doctor Facilier practicaba la magia negra vudú, y tenía planes malvados con respecto al príncipe.





Lawrence no confiaba en el extraño, pero Naveen se sintió intrigado y siguió a Facilier hasta un establecimiento de artículos mágicos. Facilier les dijo que podía darles aquello que más deseaban, y usó un talismán para lanzar un conjuro.

Aquella misma noche, en el baile de máscaras, Charlotte esperaba con impaciencia a su príncipe.

—Tal vez tenga que desearlo con mayor intensidad —le dijo a Tiana. Charlotte miró fijamente hacia el lucero vespertino.

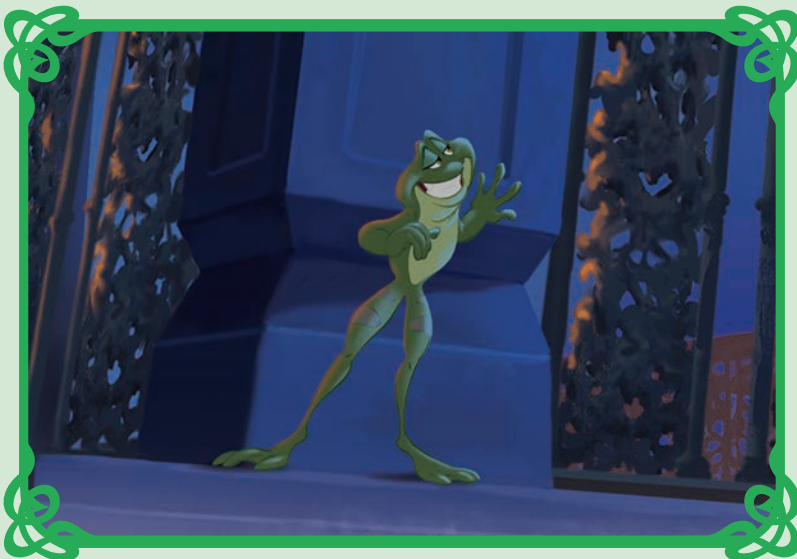
En aquel instante, llegó el príncipe Naveen, aunque en realidad no era el príncipe. En su tenebroso salón, el doctor Facilier había transformado a Lawrence, que ahora tenía el aspecto de Naveen. El plan era que el falso príncipe se casara con Charlotte y compartiera su fortuna con Facilier.





En el baile, Tiana se enteró de que alguien había ofrecido más dinero por la azucarera. ¡No había trato! Estaba tan disgustada que tropezó contra la mesa de los *beignets*. Se le manchó el vestido, pero Charlotte le prestó uno de los suyos. Era realmente precioso, y Tiana parecía una princesa.

Tiana paseó por el balcón mientras contemplaba el lucero vespertino. Cerró los ojos y formuló un deseo. Cuando los abrió, un sapo la miraba con atención.



—Soy el príncipe Naveen de Maldonia —dijo el sapo con orgullo.

Facilier había convertido al príncipe Naveen en un sapo, y este creía que solo el beso de una princesa podría hacer que recuperara su forma humana.

—Te podría ofrecer algún tipo de recompensa, claro. Tal vez concederte un deseo.



Tiana sintió pena por el sapo. Además, realmente deseaba tener su restaurante. Cerró los ojos y ¡MUAA! Naveen seguía siendo un sapo, ¡y ahora también lo era Tiana!

Tiana estaba furiosa. Se enfrentó a Naveen y los dos fueron dando saltos hasta el baile de máscaras. La fiesta había acabado en un desastre total.

Naveen y Tiana se agarraron a unos globos y se fueron volando hacia el pantano. Allí, Naveen descubrió que Tiana no era una princesa de verdad.

—¡Ahora entiendo por qué el beso no funcionó! —exclamó. Pero Naveen no podía enfadarse; él había mentido sobre lo de ser rico. Fuera como fuera, los dos sapos tendrían que esforzarse por encontrar una salida a su desesperada situación.





Historias encantadoras



A la mañana siguiente, Naveen y Tiana se encontraron con un amistoso caimán llamado Louis, que tocaba la trompeta. Él y Naveen hablaron sobre *jazz*, pero a Tiana lo único que le importaba era encontrar a alguien que deshiciera el hechizo que los había transformado en sapos.

Louis les contó sobre una hechicera llamada Mamá Odie que tal vez pudiera ayudarlos.

Aceptó a llevarlos con ella. A lo mejor también convertiría a Louis en humano y así podría por fin realizar su sueño de tocar en un grupo de *jazz*.

Mientras, Lawrence, bajo la apariencia de Naveen, le proponía matrimonio a Charlotte. Pero el hechizo parecía agotarse. La joven estaba tan encantada con la idea de ser princesa, que no advirtió que el falso príncipe cambiaba de aspecto.

—¡Celebraremos una boda de Mardi Gras! —exclamó la joven, exultante.





En el pantano, Tiana y Naveen conocieron a una luciérnaga llamada Ray. Se ofreció amablemente a indicarles el camino hasta la casa de Mamá Odie.

Mamá Odie era una anciana que usaba el vudú para ayudar a la gente.

—Queremos ser humanos —le dijo Tiana.

—Queréis ser humanos, ¡pero estáis ciegos ante lo que de verdad necesitáis!
—declaró Mamá Odie.

Tiana echó una ojeada a la olla de *gumbo* de Mamá Odie y vio una imagen de Big Daddy LaBouff como rey del Mardi Gras, ¡lo que convertía a Charlotte en princesa!

Si Naveen besaba a la «princesa» Charlotte antes de medianoche, ¡él y Tiana volverían a ser humanos!





Historias encantadoras



Tiana, Naveen, Louis y Ray se dirigieron a la ciudad montados en una barca. Por el camino, Naveen le confesó a Ray que estaba enamorado de Tiana. Naveen la sorprendió con una cena romántica. Durante el trayecto por el río, Tiana señaló la vieja fábrica de azúcar que su padre y ella siempre habían imaginado como su restaurante.

El corazón de Naveen dio un vuelco. Para hacer que el sueño de Tiana se convirtiera en realidad, tendría que casarse con Charlotte y rogarle que le comprara el restaurante a Tiana. No había otra forma de conseguir a tiempo el dinero para la azucarera. Muy a su pesar, Naveen se separó de Tiana. Entonces, unas sombras malévolas se lo llevaron.



En unos instantes, las sombras llevaron a Naveen a la hacienda LaBouff. Facilier estaba emocionado. Usó a Naveen para restablecer la magia del talismán y convertir a Lawrence de nuevo en el apuesto príncipe. Ahora Lawrence podría casarse con Charlotte. Naveen por fin comprendió el malévolo plan, justo cuando Facilier lo encerraba en un cofrecito.



Ray encontró a Naveen y lo sacó del cofre. Cuando Charlotte y su novio iban a darse el «sí quiero», Naveen se abalanzó sobre Lawrence. El sapo rápidamente arrancó el talismán del cuello del impostor y se lo lanzó a Ray. Furioso al ver fracasar su plan, Facilier le dijo a Lawrence —que había recobrado su aspecto de siempre- que se escondiera.



En otra parte del desfile de Mardi Gras, Louis por fin estaba tocando con un grupo de jazz. Justo entonces pasó Ray volando, esforzándose por sostener el pesado talismán. Facilier y las sombras malévolas andaban pisándole los talones. Louis sabía qué tenía que hacer. Abandonó al grupo musical y se fue a ayudar a Ray.

Ray encontró a Tiana sentada en el cementerio y le dio el talismán. Luego, retomó el vuelo, lo más deprisa que pudo, para seguir huyendo de Facilier y sus sombras. Pero al final Facilier lo derribó y le dio un pisotón.





Historias encantadoras

Facilier no tardó en encontrar a Tiana. Ella pensó con rapidez y lo amenazó con romper el talismán, pero Facilier empleó un truco. Tiana se vio por arte de magia en el restaurante de sus sueños, ¡y volvía a ser humana!

—Tal vez yo pueda ofrecerte alguna cosita —le dijo astutamente Facilier, para convencerla.

Entonces la ilusión cambió y Tiana vio a su padre.

—No te olvides de tu pobre papá —dijo Facilier, recordándole el sueño de su padre.

—Mi papá nunca tuvo lo que quería —declaró Tiana, que entonces lo comprendió todo—. Pero tenía lo que necesitaba. —Su padre sabía que el amor de su familia era más importante que nada; eso y su forma de cocinar, y la capacidad de reunir a gentes de todas partes para compartir una buena comida y un rato agradable.





Tiana hizo añicos el talismán. Al instante volvió a ser un sapo y Facilier perdió el control que tenía sobre las sombras, que lo rodearon. Al poco rato, todo lo que quedaba de Facilier era su sombrero.

Tiana se fue corriendo a la iglesia. Allí oyó que Naveen le prometía a Charlotte casarse con ella si esta lo besaba.

—Pero tienes que darle a Tiana todo el dinero que necesite para el restaurante —dijo Naveen.

—No lo hagas —exclamó Tiana, saliendo de entre las sombras—. Mi sueño no sería nada sin ti.

Charlotte sabía reconocer el amor verdadero.

—Te besaré —le dijo a Naveen— Pero no hace falta que te cases conmigo.





Pero era demasiado tarde. ¡Sonaban las campanadas de medianoche! A Tiana y a Naveen no les importó. Estaban enamorados, ¡aunque siguieran siendo sapos! En ese momento llegó corriendo Louis, llorando y sosteniendo a Ray, que estaba herido. Facilier le había hecho mucho daño. Se estaba muriendo. Tiana y Naveen corrieron a su lado.

Ray se sintió feliz de ver a sus amigos juntos y enamorados. Entonces su luz se apagó. Los amigos se dirigieron al pantano y se despidieron de la pequeña luciérnaga.

Un tiempo después, Mamá Odie casó a Naveen y Tiana en el pantano. Cuando Naveen besó a Tiana ocurrió algo mágico: ¡los sapos se volvieron humanos!

—Tal como os dije, ¡besar a una princesa rompe el hechizo! —dijo Mamá Odie, riéndose.



—Y cuando te convertiste en mi esposa, te convertiste también...
—empezó a decir Naveen.

—En princesa —Tiana terminó la frase por él—. ¡Acabas de besar a una princesa!

Pronto hubo un nuevo restaurante en la ciudad, el Palacio de Tiana. Era el mejor lugar para tomar una buena comida, escuchar una música estupenda y pasar un magnífico rato con los amigos. Tiana no deseaba nada más. Tenía todo lo que siempre había deseado y todo aquello que necesitaba para ser feliz.



La película *Tiana y el Sapo* © 2009 Disney, historia inspirada parcialmente en el libro *The Frog Princess* de E. D. Baker; © 2002, publicado por Bloomsbury Publishing, Inc.

Copyright de la colección © 2021 Disney Enterprises, Inc.

Todos los derechos reservados

Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2021

ISBN: 978-84-18335-38-9

Depósito legal: B. 2.453-2021

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.